

robert keating

Amenaza: fin del mundo

ROBERT KEATING

Amenaza: Fin del mundo

Ediciones TORAY

Arnaldo de Oms, 51-53
BARCELONA

Dr. Julián Álvarez, 151
BUENOS AIRES

Depósito Legal: B. 45.071 — 69

Printed in Spain - Impreso en España

Impreso en Gráficas Tricolor - Eduardo Tubau, 20 - BARCELONA

CAPÍTULO PRIMERO

El general Hampthon, una de las cabezas más responsables del Pentágono, escuchó con particular detenimiento todas las vaguedades de Lon Obernich, Jefe del Servicio Secreto y su más eficiente colaborador de siempre, pero que, en aquella ocasión y ante el caso «Estrella Polar», no aportaba noticia alguna que les permitiera penetrar en la extraña desaparición de la astronave de exploración galáctica.

Después de un largo silencio, en el que tanto el general como su inmediato colaborador parecían vagar al socaire de su propia preocupación, aquél murmuró:

—Todo eso que ha dicho, Lon, no conduce absolutamente a nada. ¿Qué puedo aportar a las interrogantes de este caso, cuando se me exija una contestación adecuada?

—Señor, los primeros en fallar han sido los Servicios de Comunicación Interestelar. Se ha hecho cuanto era necesario y exigible…

—¿Seguro que se ha hecho todo lo necesario y exigible…?

—Juzgue usted mismo. Se enviaron naves del mismo tipo de exploración, se usaron todos los canales de comunicación espacial, se aventuraron toda serie de posibilidades y se sigue explorando más allá del eje de nuestro sistema solar. Pero usted sabe…

—Lo que yo deseo saber, mi querido amigo, es cuál puede ser la explicación que resulte aceptable, cuando se me exija esa explicación. Y por lo visto, hasta ahora, sólo hay una: que la «Estrella Polar» se ha perdido, navega fuera de nuestro control o ha sido víctima de cualquiera de los muchos peligros que amenazan fuera de nuestro sistema. Y me temo que, a pesar de todo, esta

explicación no será satisfactoria, ya que no es ni siquiera concluyente, ¿me comprende?

—Sí, mi general.

—¿Cuáles son las palabras clave del último contacto con la astronave?

—Se las expuse anteriormente.

—Repítalas. Quiero convencerme de que se le ha sacado el mayor partido posible a esa última comunicación.

Obernich se encogió de hombros y volvió a abrir el alargado «dossier» que guardaba el «Top-Secret» de tan incomprensible caso, mientras murmuraba:

—Sólo arroja datos técnicos que afirman una lógica de vuelo normal y seguro…

Leyó dichos datos, que nada aportaban efectivamente fuera de la normalidad acostumbrada. Y concluyó con las palabras del capitán de la astronave «Estrella Polar», que eran la última recepción:

—«Cada día resulta más hermoso y fascinante este espacio abarrotado de grandes y pequeños mundos extraños. Por favor, comuníquenle a mi esposa Sara que no habrá incomodidades a mi regreso».

—¿Se preocupó de averiguar cuáles podían ser esas incomodidades a que alude el capitán Sledge?

—Sí, señor. Interrogué a la señora Sledge quien, dicho sea de paso, se siente muy preocupada, y me dijo que ella y su esposo habían tenido una pequeña discusión sin importancia… y supone que John ha tratado de reconciliarse con ella desde allá arriba para que no estuviera molesta.

—¡Bien! Todo ello parece trivial y cotidiano, Lon; no arroja absolutamente nada para una solución… Y, sin embargo, tiene que haber algo que justifique el extraño secreto a que obliga su desaparición. ¿Cuáles serán sus próximos pasos, Lon?

—Los Servicios de Control y Comunicación me atan a una espera de tiempo.

—Me sorprende usted. Jamás se ha negado a la acción.

—Cuando hubo razón y circunstancia, señor. Tenga en cuenta que se trata de una nave cuyo paradero se ignora. ¿Qué clase de acción puedo emplear en semejante caso? En cierto modo, esperaba de usted alguna sugerencia.

El general Hampthon volvió a meditar en silencio. Luego, con la misma lentitud que le caracterizaba, dijo:

—Tengo la impresión de que no se trata de ningún fallo técnico, mi querido amigo.

—¿Qué le hace suponer tal cosa?

—El hecho de que no se haya perdido una sola astronave en los últimos treinta años.

—Está constatado ese extremo. Y… sospecho que es lo que dará fuerza a la interrogante del Pentágono, ¿no es así?

—Ciertamente —asintió el general, preocupado—. Consta también como un hecho demostrado el amplio alcance de nuestro sistema de exploración espacial. Y por fin, jamás una de nuestras astronaves, ni en las peores circunstancias, ha dejado de transmitir de forma sistemática a nuestros Servicios de Control.

—Lo que hace este caso sumamente extraño…

—Digamos, mejor, sospechoso.

—¿Sospechoso, señor? —se cerraron interrogativamente las espesas cejas del Jefe del Servicio Secreto.

—Eso he dicho, Lon.

—Pero, sospechoso… ¿hasta qué punto?

—Es solamente impresión.

—Cosa que no concreta el menor término, si bien entiendo que espera de mis funciones que investigue al máximo incluso los detalles más superficiales, en tanto se consigue algún resultado práctico de nuestros Servicios de Exploración espacial, ¿no es eso?

—Exactamente, Lon. Ha leído usted en mi pensamiento. Ésa es mi sugerencia: que tamice hasta los detalles más insignificantes. Sólo tengo hasta el día de mañana para informar al Pentágono y no necesito explicarle hasta qué punto me alegraría poder aportar una sola respuesta satisfactoria… o simplemente esperanzadora.

—Trataré de complacerle, señor.

—Inténtelo al menos, Lon.

—Desde luego.

Lon Obernich cerró su «dossier», se puso en pie, estrechó la mano que le tendió el general Hampthon y abandonó el despacho interiormente convencido de caminar tras un problema aparentemente insoluble.

Lo mismo pensaba el general, a pesar de todas las palabras; pero

ninguno de ellos podía permitirse el lujo de sustraerse al tal problema.

Flotaba cierto aire de temor y misterio en el ambiente, en relación con la extraña desaparición de la astronave «Estrella Polar»

* * *

—Señora Sledge, es preciso que haga usted un esfuerzo y que trate de recordar el estado de ánimo de su esposo y todas sus palabras…

Sara Sledge hizo un gesto vago, de cansancio y se encogió nerviosamente de hombros. El Jefe del Servicio Secreto llevaba poco más de una hora haciendo preguntas y más preguntas, insistiendo sobre lo mismo y acorralándola… precisamente cuando ella más necesitaba estar sola.

No era poca la angustia que sentía, desde que le comunicaran la desaparición de la astronave capitaneada por su esposo.

Era una mujer animosa, consciente y sumamente recatada. De una belleza poco común, si bien su principal atractivo consistía en la enorme personalidad que la adornaba.

Había dejado a su hijo Bill en el colegio, siempre temerosa de que el muchacho pudiera sospechar aquella extraña desaparición… y preguntándose a sí misma cuál sería su dolor y del propio Bill si su esposo John no daba señales de vida.

Se volvió hacia su interlocutor, respondiendo:

—Señor Lon, creo haberle dicho todo cuanto hace referencia a mi esposo, a su estado de ánimo de los últimos días… e incluso a ciertas particularidades muy íntimas de nuestra vida y que en ningún otro caso le habría revelado.

—Me doy cuenta. No sabe hasta qué punto valoro su esfuerzo, señora Sledge. Pero ha de entender que no es mi intención molestarla y mucho menos torturarla con mis preguntas. Todo obedece a una necesidad de investigación que, por otro lado, ha de satisfacerle, ya que buscamos a su esposo…

—Lo sé, lo sé —se restregó Sara las manos todavía más nerviosa —, y se lo agradezco, señor Lon. Pero también es cierto que ya le he dicho cuanto podía decirle. Estoy asustada, me angustia esta situación… y quisiera encontrar la forma de poder ayudarles, ¡no

me puedo hacer a la idea de perder para siempre a John!, pero… me siento más vacía de ideas que cualquiera de ustedes.

—Bien…

Una llamada en el timbre de la entrada cortó las palabras de Lon Obernich.

—Yo abro —anunció Anna, la hermana de Sara, apareciendo en el «hall».

A pesar de ser rubia como la espiga y de ojos grises, todo lo contrario que Sara, que era morena y de ojos negros, ambas hermanas se parecían extraordinariamente.

El que llamaba era Oscar Wayne, un joven apuesto y muy interesante, con un lujoso uniforme en el que se veían los distintivos de capitán del Cuerpo de Exploración Espacial.

Era novio de Anna e íntimo amigo y colega de John Sledge…

—Hola, Anna.

—Creo que llegas a tiempo —le susurró la joven en voz baja, dejándose besar.

—¿Ocurre algo, fuera de lo que tanto nos preocupa?

—Lon Obernich está en el salón trepanando la memoria de Sara.

—¡Vaya!

—¿Sabes algo de John?

Él movió la cabeza negativamente, demostrando pesar en ello, y se encaminó con Anna al salón donde el Jefe del Servicio Secreto parecía disponerse a abandonar la casa, sin haber conseguido nada positivo en las declaraciones de la señora Sledge.

Se alegró de ver al capitán Wayne, que había sido encargado de hacer un viaje de exploración por la misma ruta que el desaparecido John Sledge, y se apresuró a preguntarle:

—¿Consiguieron algo, capitán?

—Nada en absoluto, señor Lon. Parece que la «Estrella Polar» enmendó su trayectoria casi inmediatamente después de su última comunicación por radio.

—¿Está seguro?

—No del todo. Pero pudimos establecer contacto con otra de nuestras astronaves situada en la misma trayectoria, para regreso… Y afirman no haber establecido comunicación alguna con la astronave desaparecida.

—Entiendo. Bien… —se volvió Lon hacia la señora Sledge—,

perdóneme usted por todas las molestias que le he causado. Haremos cuanto esté a nuestro alcance por hallar a su esposo, señora.

—Gracias.

—Usted, capitán Wayne, ¿ha cursado su parte al Servicio de Control?

—Sí, señor.

—Le espero en mi despacho para dentro de una hora. Creo que voy a necesitarle.

—Allí estaré.

—Hasta otro momento…

Anna se encargó de acompañarle hasta la puerta. Luego, desde una de las ventanas y al través de los cristales, vio cómo el Jefe del Servicio Secreto se reunía con sus dos sabuesos Smok y Murdock y se alejaban en uno de los autos de Control.

Regresó al salón. Oscar trataba de tranquilizar a Sara, que con su presencia parecía haber perdido tina de sus últimas esperanzas.

—Todo esto no es normal, Sara, lo comprendo. Pero ello no quiere decir que todo esté irremisiblemente perdido.

—Perdona, Oscar. Pero estoy tremendamente asustada. ¿No se decía que allá arriba todo era seguro?

—Hasta donde llega nuestro control, sí.

—Que alcanza a nuestro sistema solar, ¿no es eso?

—Así es.

—Trasponer ese límite…

—Es entrar en lo desconocido. Todos estos años de trabajo y esfuerzo han hecho que la técnica avanzara hasta formar unos canales de curso y comunicación. Salirse de esos canales es entrar en lo desconocido; pero ello no significa necesariamente que John y los suyos se hayan extraviado y no consigan regresar.

—Sin embargo, aunque estuvieran extraviados en el espacio exterior, siempre hallarían la forma de comunicarse con cualquier otra astronave, con alguna de nuestras bases espaciales o con la misma tierra, ¿no?

—Eso es lo que realmente nos preocupa.

—¿Crees que hayan podido tropezar con algún cuerpo celeste…?

—¡Por favor, Sara! No te atormentes con tales cosas. Lo más probable es que estén desorientados en cualquier órbita y que por

alguna razón de carácter técnico se vean imposibilitados para comunicarse con Control. Digamos que se trata de alguna avería… y que pronto sabremos de ellos.

—¡Dios lo quiera! Pero entre tanto…

—Entre tanto, debes mostrarte serena. Siempre has sido una mujer animosa. ¿Por qué esos nervios ahora?

—Quizá sea que tengo un mal presentimiento… Y me horroriza pensar que habré de perder a John. Luego está Bill…

—Si no te dominas, conseguirás que el chico se de cuenta de todo. Y entonces será mucho peor.

—Tienes razón —dijo Sara, haciendo un esfuerzo—. Anna, sírvele algo a Oscar.

—No, cariño, no te molestes —se volvió el oficial hacia su prometida, añadiendo—: Pensaba pasar un rato con vosotras, pero será mejor que regrese a Control.

—Como quieras —dijo Anna.

Y Sara le suplicó:

—¿Nos tendrás al corriente de lo que suceda Oscar?

—Pues claro. ¡Qué tontería! Y si ese «palo seco» de Obernich vuelve a clavarte el cerebro con sus irritantes preguntas, envíalo al cuerno.

El timbre del teléfono sonó en aquellos instantes.

Las dos mujeres y el hombre, especialmente Sara, parecieron electrizarse, permaneciendo unos segundos quietos y suspensos.

Luego, Sara corrió hacia el microrreceptor y preguntó con indescriptible ansiedad:

—¿Quién es?

—¿…?

El rostro de Sara se abrió iluminado, perdiendo toda su tiesura al tiempo que un brillo especial asomaba a sus ojos con un par de lágrimas.

—¿Está usted seguro?

—¿…?

—¡Gracias, muchas gracias!

—¿Quién te habla? —preguntó Oscar, adivinando lo que estaba ocurriendo.

—Uno de los jefes de Control —respondió Sara, pasándole el microrreceptor y abrazándose a su hermana—. ¡Están a salvo,

Anna! ¡Regresan a nuestro sistema solar por uno de los canales exteriores!

—¡Loado sea Dios, Sara! ¡No sabes cuánto me alegro!

Oscar, privado de aquel gran peso, habló por teléfono:

— Oiga, soy el capitán Wayne. Estoy con la señora Sledge y le ruego me repita el comunicado.

—Entendido. Le doy las gracias.

Instantes más tarde, el capitán tomaba el whisky que le sirvió la propia Sara, más alegre que unas castañuelas.

—¿Te das cuenta? Todo fue una falsa alarma.

—Oscar, por favor, no quieras ensombrecer este momento de alegría.

—Échale de casa —bromeó Anna.

—No hace falta —sonrió el capitán, dejando el vaso vacío encima de la mesa—. Ya me voy.

—¿Te lo has tomado en serio?

—Nada de eso. Quiero estar al corriente de todo lo sucedido y, si Control lo considera necesario, salir al encuentro de John.

—Si no fuera así —le rogó Sara—, recuerda que deseamos estar en la base cuando él regrese.

—Lo tendré en cuenta.

CAPÍTULO II

Nunca como en aquella ocasión se prestó mayor atención al aterrizaje de una astronave.

Por un lado, los componentes del Cuerpo de Seguridad Espacial. Por otro, Lon Obernich, Jefe del Servicio Secreto, y sus dos sabuesos más cercanos, Smok y Murdock, dos gigantes cargados de músculos, capaces de dar la vida a un solo gesto de su jefe, pero… capaces de arrancar también la vida a cualquier enemigo con cualquiera de los terribles golpes estudiados.

Luego, más retirados, se hallaban Sara Sledge, su hermana Anna y el capitán Oscar Wayne, amén de una nube de fotógrafos y repórters, ansiosos de noticias.

Aunque todo había ocurrido dentro del mayor secreto, la noticia había trascendido a todo el mundo. Nadie sabía cómo, pero siempre había un agujero que tapar por el que se escapaban tales secretos.

En aquella ocasión, Lon Obernich estaba más interesado en las explicaciones que daría el capitán de la nave, John Sledge, antes de investigar dónde había estado ese agujero esta vez. Ya habría tiempo para esto.

Entre tanto, la astronave «Estrella Polar», una verdadera maravilla de la técnica, se había detenido en la rampa de aterrizaje y despegue, cerrándose sus toberas y permaneciendo durante algunos minutos en absoluto régimen de quietud y normalidad.

Finalmente, se abrió la escotilla de acceso, surgió la rampa de descenso hacia el suelo… y apareció la figura del capitán John Sledge, grave, soberbio, extrañamente escudriñador, con un cierto rasgo que parecía deshumanizar su acostumbrada fisonomía.

Detrás suyo, el teniente Rupert Collings, el práctico de la nave

Albert Welley, el rastreador Kirk Sampson y el técnico de radiocontrol Peter Kreigh.

Se elevó un clamor de la muchedumbre que se agolpaba tras las verjas de acceso a la base. Todo el mundo celebraba el regreso de la astronave como un hecho especial, después de cuanto se había hablado y especulado respecto a los posibles fallos que hubieran supuesto un duro golpe para la técnica terrestre.

Sólo una persona estuvo a punto de emitir un gemido angustioso, al tiempo que llevaba una mano al corazón y sentía como si la sangre fuera a paralizársele.

Esa persona fue Sara.

Todos los demás tenían puestos sus ojos en los astronautas y en la nave, entre el constante clamor de recibimiento y el sistemático y constante ametrallar de las luces de flash. Ni siquiera Anna pudo percibir aquella súbita alteración de su hermano, y mucho menos Oscar. Pero la palidez de la esposa era anuncio innegable de un extraño presentimiento, que podía manifestarse no tardar como cosa alarmante.

John Sledge traía en las manos una pequeña caja metálica, del tamaño más o menos de una tabaquera normal. Una caja de un metal azulado, cerrada, aparentemente maciza, sin que se apreciara ninguna juntura.

Descendió seguido de sus hombres hasta el final de la rampa, como antes Sara, percibió en aquellos cinco rostros un matiz de astuto desafío y amenaza, algo que era nuevo y desconocido en los cinco hombres, a los que sobradamente conocía de hacía tiempo.

Nadie más estaba cerca de la rampa. Era lo usual en todos los casos, casi un privilegio concedido a Obernich en esta ocasión de jefatura, como lo había sido anteriormente en sus antecesores en el cargo. Había una distancia de doscientos metros que comunicaba a los astronautas y al propio Obernich con los familiares de unos y otros y con el resto de la multitud, incluidos reporteros y fotógrafos.

Por eso pudieron hablar sin que nadie se enterara de lo que decían, antes de alejarse de la nave.

El primero en despegar los labios fue el capitán Sledge, y lo hizo de manera desdeñosa y hasta ofensiva, mirando a su superior como si se tratara de un bicho raro al que hubiera estado odiando durante toda su vida:

—Hola, señor Obernich. Me temo que no va a sentirse muy orgulloso esta vez.

—Son muchas las explicaciones que espero de usted, capitán Sledge —respondió Obernich en el mismo tono—. Y habrán de ser muy convincentes.

—Me temo que no habrá explicaciones… al menos, del modo que usted espera. ¿Se ha independizado de sus brutos sabuesos?

—Desde luego, no es una forma de llegada muy respetuosa ni protocolaria, capitán. Presiento que algo se trae entre manos…

—Una extraña caja, Lon.

Había falta de respeto en las palabras de Sledge, y parecía gozarse en ello.

Obernich se dijo que algo anormal estaba sucediendo y que debía dar curso al buen sentido… hasta que todo se aclarase.

—Ya la veo —dijo—. También informará de eso, ¿eh?

—Indudablemente que sí. Pero, cuando yo lo crea oportuno, no antes.

—Capitán Sledge, quiero entender que se da usted perfecta cuenta del modo que se está comportando, de lo incorrecto y desusado de sus palabras, del desacato y ofensa que…

—Me doy perfecta cuenta de todo, Lon; perfecta cuenta. Y ahora, si quiere alargar sus horribles orejas de simio le meteré en ellas unas cuantas palabras más que… le harán poner sumo cuidado en todo lo que habrá de hacer seguidamente.

—¡Esto se hace intolerable! Ordenaré de inmediato…

—No se irrite, Lon. Trate de dejarse llevar de su necio genio… y la Tierra pagará las consecuencias de su maldito error.

Lon Obernich palideció. Empezaba a intuir que toda aquella anormalidad obedecía a algo verdaderamente extraño y posiblemente terrible.

—¿Qué quiere decir?

Sledge sonrió y hasta rió entre dientes. Muy lentamente, como un sádico ceremonioso.

—¡Yaya! Ya veo que empieza a meditar las cosas. Eso está mejor, Lon. Pero dígame, ¿no nota la ausencia de alguien entre nosotros?

La aguda mirada del Jefe del Servicio Secreto ya había reparado anteriormente en la no comparecencia del quinto hombre de la

nave, aunque no le había concedido demasiada importancia hasta el momento.

—Clark Fremont… —murmuró.

—Ajá. Me extrañaba que su agudeza de «robot» no recayera en él.

—¿Qué está tratando de decirme, capitán?

Los rasgos del astronauta se perfilaron como el diamante en una súbita dureza que no dejaba lugar a dudas, cuando respondió:

—Lo encontrará ahí dentro —señaló al interior de la nave con un gesto—, encerrado en una especie de jaula y… un poco maltratado. Le doy exactamente un par de minutos para que entre, lo vea, le haga una sola pregunta, escuche su respuesta y regrese. Luego… ya le diré lo que es conveniente que hagan… y lo que no es.

—Pero…

—¡Haga lo que le digo, estúpido!

—Sí…

Obernich se apresuró a subir la rampa y a entrar en la astronave, desapareciendo a los ojos de cuantos miraban desde lejos, ya con extraña expectación…

* * *

El cuarto y principal compartimiento de la nave reunía todas las condiciones de estancia adecuadas. No era el vestíbulo del «Partik Hotel», pero ofrecía suficientes comodidades para el astronauta más exigente.

En el centro de dicho compartimiento, colgando del techo, podía verse una especie de jaula con capacidad suficiente para uno o dos hombres. Y esta comparación inadecuada venía al caso porque… allí dentro había precisamente un hombre, apresado como un pájaro o un animal salvaje.

En otras circunstancias, la primera exclamación de Lon Obernich hubiera sido, sobre poco más o menos: «¿A quién diablos se le ha ocurrido introducir semejante trasto en la nave?», y hubiera hecho todo lo posible y más por castigar al responsable.

Sin embargo, en aquella ocasión, cuando se vio frente a dicha jaula, en lo único que reparó fue en el hombre que estaba dentro de

ella, cerrada la puerta de la misma por un grueso candado, cuya llave no era necesario adivinar que estaba en poder del capitán Sledge.

El hombre en cuestión era el doctor Clark Fremont y estaba físicamente castigado de muchas formas. Se le notaban hematomas en el rostro y en las manos, lo que explicaba que había sido golpeado brutalmente. Luego, en sus asustados ojos parecía chispear un asomo de demencia, quizá por efecto del miedo que le apoderaba. Incluso debieron hacerle pasar hambre, pues había adelgazado y envejecido notablemente.

Pareció descansar de su alucinación cuando reconoció al Jefe del Servicio Secreto.

—¡Señor Obernich…!

—Doctor Fremont —contuvo Lon su horrible impresión del hombre y de las circunstancias—, el capitán Sledge…

—¡Está maldito, señor Obernich!

—Se comporta de una manera muy extraña y amenazadora. Me ha dado exactamente dos minutos para entrar a verle y hacerle una pregunta.

—Estamos en la Tierra, ¿verdad?

—Sí. Pero, antes de entrar en detalles, doctor, respóndame a la pregunta que deseo hacerle: ¿qué contiene la extraña caja que el capitán Sledge lleva en las manos?

—La muerte, señor Obernich. Si no desea que la Tierra se transforme de la noche a la mañana en un planeta muerto, haga cuanto esté en su mano para no irritar al infeliz capitán.

—No lo entiendo… Antes dijo que Sledge estaba maldito y ahora parece compadecerse de él.

—Se lo explicaré todo, señor Obernich, y… le sobrará tiempo para estremecerse y sentir el miedo en la médula de los huesos. Pero es preciso que salga ahora y complazca al capitán Sledge y a los cuatro hombres que le acompañan. No son dueños de sus actos. ¡Vaya rápido y regrese en cuanto le sea posible para sacarme de aquí!

—Bien…

—No lo olvide: obedezca hasta sus más insignificantes deseos.

Presa de un extraño temor y sabiendo que no podía comunicar con sus superiores, el Jefe del Servicio de Seguridad, influenciado

por las persuasivas palabras del doctor Fremont, tomó la resolución de no contradecir en nada al capitán Sledge.

Asintió de un modo obligado y se apresuró a abandonar el lugar, saliendo a la rampa de la nave, donde le aguardaba el capitán con el resto de la tripulación.

—Se entretuvo usted diez segundos más del tiempo señalado, Lon. Casi el margen de tiempo que le asigné mentalmente.

—¿Y bien?

—Ha visto usted al doctor Fremont… y supongo que habrán hablado.

—Sí.

—¿Piensa colaborar o bien desea que todo empiece y termine, en esta misma rampa?

—Colaboraré, capitán. Pero…

—¿Qué?

—Apenas hizo aconsejarme que obedeciera hasta sus más insignificantes órdenes. Usted mismo limitó el tiempo. Ahora bien, deseo saber cuáles han de ser mis explicaciones a Control.

—Muy simples, Lon. Bastará con que les diga que tengo en mis manos poder suficiente para hacer desaparecer hasta el más pequeño síntoma de vida de este planeta. Bastaría un solo deseo mío, mi muerte o la de cualquiera de mis compañeros… y el contenido de esta caja saldría a devorar toda la existencia humana y animal. Es algo indestructible… y terriblemente destructor. Nada podría detener las «cosas». Dígales esto a los de Control, que se enteren los del Pentágono… Y que no traten de incomodarnos. Luego, a su debido tiempo, sabrán cuáles serán nuestras condiciones. ¿Entendido?

—Entendido, capitán.

—Tenga esta llave: es la que abre el candado de la jaula donde está el doctor Fremont. Podrá informarles muy detalladamente del caso y no dudo que sus palabras servirán para que no pierdan la cabeza y aboquen el mundo a una total destrucción.

—¿Que más?

—Ordene a toda esa gente que se retire —señaló a la multitud que aguardaba ahora sorprendida en las líneas de acceso de la base.

—Entre esa gente, capitán, está su esposa, su amigo el capitán Wayne y…

—Me tiene sin cuidado, Lon. Usted haga lo que le digo. Nadie ha de obstaculizar nuestra salida de la base. Nos llevaremos uno de los automóviles de su Servicio. Y entienda bien esto: no intenten seguirnos ni rastrear nuestra marcha. Queremos gozar de entera libertad, y de no ser así, las consecuencias no se harán esperar.

—¿Qué le digo a su esposa, capitán?

—La veré más tarde, cuando regrese a mi domicilio.

—Luego no piensa renunciar a su vida normal…

—Al contrario, Lon; lo que haremos mis compañeros y yo será darnos la mejor vida posible. Y nuestro gobierno contribuirá a ello, sin la menor duda —sonrió Sledge enigmáticamente.

—¿Debo entender que renuncia a su cargo militar…?

—Por supuesto. Pero esta nave queda incautada desde este mismo instante.

—¿Cómo?

—Ya lo ha oído, Lon: incautada a nuestro servicio. Y nadie pondrá menor objeción.

—¿Ni siquiera el Pentágono?

—El Pentágono menos que nadie… después de que hayan hablado con el doctor Fremont y él les explique cuanto sabe.

Obernich miró aquella llave que le acababa de entregar Sledge y entendió que no podía negarse a la amenazadora condición de aquellos hombres.

Luego miró la extraña caja metálica. Podría resultar sumamente fácil adueñarse de ella. Pero… ¿y si se abría por voluntad de cualquiera de sus actuales dueños?

Ninguno de ellos hubiera llegado a tan tremendo absurdo, si no fuera porque el contenido de dicha caja les daba absoluta seguridad para imponer su voluntad incluso al más poderoso gobierno de la Tierra.

—De acuerdo, capitán. Haré cuanto me exigen.

—Pues vaya usted por delante…

* * *

—¿Qué diablos estará pasando? —se mostró el capitán Wayne altamente sorprendido—. Llevan un rato hablando. Obernich acaba de entrar en la nave y parece que regresa más pálido que una vela.

—¿Te has fijado en el rostro de John? —murmuró Sara, sintiendo un extraño desasosiego.

—¿Qué le notas? —preguntó Anna.

—Juraría que no es el mismo…

—¡Por todos los diablos! —gruñó Oscar—. Acabarán por hacernos pensar que sucede algo extraño.

La multitud, igualmente intrigada, había cesado en sus voces. Un silencio raro y expectante se había apoderado de la base; un silencio que casi podía cortarse con un cuchillo.

Luego, cuando Lon Obernich se acercó a sus sabuesos y les encomendó que transmitieran a todos los guardias la orden de desalojar de inmediato a toda aquella gente de la base, incluidos familiares de los astronautas y reporteros, un clamor de extrañeza y protestar rompió el anterior silencio.

El capitán Wayne, valiéndose de su condición de oficial de la base, logró llegar hasta el Jefe del Servicio de Seguridad.

—Señor Obernich…

—Hola, capitán. Le aconsejo que vuelva sobre sus pasos y no trate de obstaculizar el trabajo de desalojamiento.

—Pero ¿puede saberse qué está ocurriendo?

—No, por el momento.

—Esto va contra toda norma, señor Obernich.

—Lo sé. Y soy el primero en lamentarlo. No puedo decirle nada más, capitán. Sólo espero que no trate de buscarme dificultades, o me obligará a unas medidas más drásticas.

—¡Por todos los diablos! No necesita amenazar, señor. ¿Qué le digo yo a la esposa del capitán Sledge?

—Dígale que nada de esto obedece a mi voluntad, sino a la del propio capitán Sledge. Dígale también que llega con amenazas… y que estamos obligados a obedecerlas.

—¿No resulta absurdo, señor Obernich?

—Tal vez. Pero, si usted se preocupa de convencer a la señora Sledge de que regrese a su casa con su hermana Anna, le permitiré que me acompañe al interior de la nave… y comprobará por sí mismo que no es consecuencia de nuestra voluntad cuanto sucede. Sí, creo que usted podrá ayudarme.

—¿No desea que hable con John…? —aventuró Oscar, presa ya de un temor más que instintivo.

—¿Para qué? Ni siquiera lo escucharía.

—Bien. Regresaré de inmediato.

Lon Obernich asintió. Y el capitán Wayne fue junto a Sara y Anna, acompañándolas fuera de la base con toda la demás gente, obligada por los guardias del Servicio.

—¿Qué está ocurriendo, Oscar?

—No lo sé, Sara. Pero no es nada bueno. Todo esto obedece a una imposición de John…

—¿Él puede hacer eso? —se sorprendió Sara.

—No.

—¿Entonces…?

—Me temo que se está sirviendo de algo sumamente peligroso para imponer ciertas amenazas. Pero no debes asustarte. Todos sabemos cómo es John: no ha habido persona más leal en el mundo ni más cordial, carece de bajas ambiciones y deseo entender que cuanto hace es por bien alguna cosa. Todo se explicará.

—¿No voy a verle?

—No, por el momento. Según parece, es el deseo del propio John. Regresad a casa tú y Anna. Yo iré a ver qué está sucediendo y luego me reuniré con vosotras.

—Prométeme antes una cosa, Oscar.

—Dime.

—Que hablarás con John.

—Por supuesto. Lo estoy deseando como no te imaginas. Vamos, subir al coche.

Las dos mujeres se introdujeron en el auto, Anna al volante, y se alejaron preocupadas de la base.

No bien se alejaron unos cuantos metros, el capitán Wayne se volvió a toda prisa y se dirigió a donde estaba Lon Obernich, en compañía del capitán Sledge y los otros cuatro astronautas que componía la tripulación de la «Estrella Polar», a excepción del doctor Fremont…

CAPÍTULO III

—John…

—Hola, Oscar.

—¿Qué está sucediendo?

—Nada que a ti te importe.

Oscar se quedó con la boca abierta. Jamás hubiera esperado de su mejor amigo una contestación semejante.

Contuvo su disgusto y trató de ver las cosas con un poco de buena voluntad.

—Sara está muy preocupada por ti…

—Es peculiar de las mujeres, Oscar, estar la mayor parte del tiempo preocupadas. Por otro lado, y en cuanto hace referencia a Sara, tampoco es cosa que te importe. ¿Algo más?

—Siempre pensé que éramos los mejores amigos del mundo.

—Eso fue tiempo atrás. Hoy… las cosas han empezado a ser distintas. Así que procura no molestarme demasiado, si no quieres que tu jefe Lon se incomode y te destine lejos de esta base, ¿hum?

Oscar apretó mucho los dientes, haciendo un gran esfuerzo por contenerse. Miró a Obernich y éste se limitó a observar:

—No le moleste, capitán Wayne.

—¡Está bien!

Sledge sonrió maliciosamente, diciendo:

—Ya tendrás ocasión de patalear, Oscar. Y ahora, traten todos de no complicar las cosas. Haga que traigan el auto de inmediato.

El Jefe del Servicio Secreto, ante el asombro de Oscar, hizo una indicación a Smok y éste transmitió dicha orden con un movimiento de brazo.

Uno de los autos de Control se detuvo junto al grupo, después de

cruzar la línea de acceso.

De su interior descendió el que lo conducía, haciéndose a un lado, y Sledge se volvió hacia sus hombres, que permanecían atentos y silenciosos, como si desde un principio obedecieran a un plan debidamente preconcebido —y así era —, ordenando:

—Teniente Collings…

—Diga, capitán.

—Usted conducirá.

—A la orden.

El teniente de la astronave «Estrella Polar» pasó al interior del vehículo, frente al volante.

—Ustedes tres —indicó a los otros— pasen al asiento de atrás.

Albert, Kirk y Peter obedecieron sin poner el menor inconveniente. Luego, el propio Sledge se acomodó al lado de Rupert Collins, siempre con la extraña caja metálica entre las manos —ahora encima de sus rodillas—, y sonrió mirando por la ventanilla.

—Hasta pronto, Lon. No tardará en tener noticias mías. Después de que haya hablado con el doctor Fremont se dará cuenta de haber obrado correctamente al no obstaculizarnos… y comprenderá hasta qué punto interesará al Pentágono acceder a nuestras exigencias. ¡Vámonos ya, teniente!

Collings puso en marcha el auto, alejándose a los pocos minutos y desapareciendo fuera de los distintos accesos de la base.

Oscar se volvió lentamente hacia el Jefe del Servicio Secreto, mirándole de extraña forma.

—¿Qué insospechada locura se oculta detrás de todo esto, señor?

—Pronto vamos a saberlo, capitán.

—Pero…

—No se anticipe a los acontecimientos.

—¿Acaso no piensa seguir a esos hombres?

—No.

—Se comportan con desacato y rebeldía…

—Desde luego. Y ahora no haga más preguntas y sígame.

Se dirigieron al interior de la nave. Lon Obernich por delante, y siguiéndole, el capitán Wayne y los dos sabuesos, Smok y Murdock…

* * *

Fuera de la jaula, sentado y reconfortado con una taza de humeante café, el doctor Clark Fremont daba la impresión de estar viviendo la más extraña de las pesadillas.

—¿Y bien, doctor Fremont? —inquirió Lon.

—Dijo usted que había facilitado las cosas al capitán Sledge, ¿no es eso?

—Tal y como usted me indicó.

—¡Ya!

—¿He hecho mal?

—No, no; en absoluto. De haberse negado a ello, esos locos habrían hecho uso de su poder… y confesándonos estaríamos todos para mejor entrar en la otra vida.

—Doctor Fremont, no es éste momento para divagaciones o jeroglíficos. Supongo que se habrá dado usted cuenta de cuál es… o habrá de ser mi postura ante la Superioridad.

—Sí, me doy cuenta.

—Será preciso que sus explicaciones me sirvan para convencer a dicha Superioridad de mi obligada tolerancia. De otro modo, será poco para todos el rigor que habrá de castigarnos.

—No habrá tal rigor, señor Obernich.

—Todo depende de cuáles sean sus palabras…

—Es cierto.

—Bien, ¿a qué espera para informarnos?

El doctor Fremont asintió cerrando los ojos y apoyando la cabeza luego en el largo respaldo del asiento.

—Quiero rogarle una cosa, señor Obernich.

—Usted dirá.

—Se trata del relato que voy a hacerles. Les parecerá demasiado fantástico, quizá absurdo, una alucinante pesadilla tal vez…, pero deben creer todas y cada uno de mis palabras y servirse luego de ellas para adoptar aquellas medidas que ustedes crean más convenientes, sin olvidar ni un solo instante el horrible volcán que puede abrirse bajo nuestros pies.

Lon y Oscar intercambiaron una mirada en silencio. El doctor Fremont seguía con los ojos cerrados, como si temiera abrirlos. Su aspecto era una prueba más que evidente de la brutalidad y el

horror sufridos durante las angustiosas palabras…

* * *

—El viaje empezó como tantos otras tantísimas veces. Buena disposición, responsabilidad, camaradería y buen humor. Recuerda que nuestras comunicaciones eran perfectas, el régimen de viaje se hacía normal y correcto. El capitán Sledge había llegado a la nave un tanto molesto, debido a cierta discusión con su esposa Sara.

»Pero pronto lo olvidó todo. Allá arriba las cosas cambian de forma y aspecto, uno se siente distinto, con deseos de ser mejor… y el capitán nos confesó lo que había sucedido, de otro modo jamás lo hubiéramos sabido. Fue a raíz de su último parte a Control…

—Conocemos ese parte… y las palabras que el capitán Sledge tuvo para su esposa —asintió Obernich.

—Comprendo.

—¿Qué sigue, doctor?

—Acabábamos de trasponer el límite de nuestro sistema solar y viajábamos por uno de los canales galácticos, cuando algo nuevo y extraño ocurrió…

—¿Qué fue?

—Una especie de fuerza, magnética diría yo, empezó a desviarnos de dicho canal

—Pero los controles antimagnéticos de la nave…

—Aquello era distinto, pues paralizó todos los controles, y la nave se sintió atraída a gran velocidad hasta no sé qué límites de nuestra galaxia. No era el magnetismo que nosotros conocemos, sino una especie de fuerza como de absorción, después de incapacitar hasta el último de los mandos.

—¿Qué hicieron ustedes?

—Intentarlo todo, incluso comunicar con la tierra; pero todo fue inútil. Hasta que la nave se detuvo en una especie de campo extraño, un campo de espacio distinto… desde el que pudimos distinguir un mundo igualmente extraño y distinto.

—¿Y bien?

—De pronto, empezamos a escuchar un raro zumbido, como de horrísona telegrafía. Y algo nos paralizó a todos, dejándonos electrizados, sin el menor poder de movimiento, incluso sin

voluntad, aunque el oído y la vista seguían atentos.

—¿Acaso vieron algo…?

—Al principio, sólo aquel extraño mundo flotando en el cosmos: exactamente igual que un gran cráneo blanco y sin atmósfera, brillante bajo los rayos de algún sol desconocido. Y aquel sonido siguió aumentando y aumentando… hasta aturdir nuestros cerebros, metiéndose en nosotros punzante y horrible.

»De pronto, el sonido cesó… y un vacío indescriptible se apoderó de nuestras mentes. Seguíamos paralizados. Fue entonces cuando oímos aquella voz…

—¿Qué voz?

—No sabría cómo explicarlo… Era como si naciera en nuestro adentro… y quiero entender que había llegado con aquel sonido trepanador, que se había metido en nuestro cerebro por aquel medio, como si procediera de una fuente de energía telepática… Sólo puede decirle que la oí… ¡y me estremeció!

—¿Recuerda sus palabras?

—Como si aún las estuviera oyendo.

Había terror, un miedo indescriptible en los desorbitados ojos del doctor Fremont, igual que si hubiera vuelto a revivir aquella alucinante aventura de más allá de nuestros mundos.

—¿Qué decía esa voz, doctor Fremont?

—«Estáis sujetos a mi mandato. No podéis moveros y poseo absoluto poder sobre vosotros. Sólo una de vuestras mentes es negativa en cierto modo por su escaso coeficiente sensorial.»

—Se estaba refiriendo a usted, ¿no es eso?

—Después lo supe —asintió el doctor.

—Después… ¿de qué?

—De que el capitán Sledge y los demás quedaran atrapados.

—Explíquenos eso, doctor: ¿de qué forma quedaron atrapados?

—Se vieron envueltos en una rara llama rojiza que ni era electricidad ni fuego. Sus cuerpos se estiraron dolorosamente, como haría un epiléptico, aullando de manera casi infrahumana… hasta quedar totalmente insensibilizados por esa fuerza.

—¿Y usted?

—Continué paralizado, pero viendo y escuchando cuanto de extraño sucedía a mi alrededor.

—Bien. Continúe.

—Transcurrieron algunos minutos, al cabo de los cuales, aquellas raras llamas desaparecieron y los cuerpos del capitán y sus hombres quedaron completamente liberados. Sólo que… ya no eran los mismos hombres.

—¿Cómo notó que eran diferentes, doctor?

—Empezaron a moverse y a actuar como autómatas.

—¿Usted también quedó liberado?

—Sí.

—¿Y…?

—Traté de hablar con ellos, de intentar llegar al fondo de todo aquello… pero sólo conseguí que me mirasen con ojos homicidas, y el propio capitán Sledge me previno que permaneciera quieto y mudo en un rincón de la sala de control.

—Por los golpes que aún se advierten en su cuerpo, deduzco que no les hizo caso.

—Se equivoca. Al principio, el miedo que sentí fue como otra clase de paralización. Los vi moverse y hablar entre sí en voz baja, para que yo no los oyera. Fue cuando advertí la presencia de algo desconocido junto a uno de los paneles de mando…

—¿Qué era?

—La extraña caja que ustedes vieron en manos del capitán.

—¿Cómo llegó hasta la nave?

—No puedo asegurarlo, pero allí estaba. Intenté acercarme a ella… y recibí el primer golpe del propio Sledge. Jamás lo hubiera creído del capitán…

—Siga.

—A partir de ese instante, no fue solamente él, sino el teniente Welley y todos los demás, quienes me golpearon brutalmente. Confeccionaron esa especie de jaula y me encerraron dentro.

—Entiendo.

—Inmediatamente, los controles de la llave volvieron a funcionar todos normalmente. El capitán Sledge se acercó a uno de los visores, lo puso en funcionamiento… y tuve ocasión de estremecerme como no me había estremecido jamás.

—Explíquese.

—Les va a costar trabajo creerlo, señor Obernich.

—No me cabe la menor duda, sobre todo… después de lo que nos ha estado explicando.

—Bien. Creo que puedo intentarlo…

CAPÍTULO IV

Y el doctor Fremont lo intentó. No iba a ser fácil, desde luego. Pero tenía que hacerlo.

Con voz insegura, bajo los efectos aún de la horrible experiencia vivida, explicó:

—En la pantalla del visor apareció de pronto cercana y aparentemente aumentada una parte de aquel mundo… ¡Lo más horrible que he visto en mi vida! Al principio, lo que se movía en aquella superficie tenía la apariencia de una masa líquida. Luego, a medida que me fui fijando, puede observar con la mayor sensación de asco… que se trataba de millones y millones de gusanos inmundos, devorándose a sí mismos y reproduciéndose de manera casi espontánea.

—¡Santo Dios!

—Ésa fue mi exclamación… Y entonces vi cómo el capitán Sledge se volvía hacia mí con la más diabólica de las sonrisas, diciendo: «¿Le horroriza, doctor?» No pude contestarle, porque tenía la certeza de que estaba poseído por la fuerza no menos diabólica que gobernaba la sucia vida de aquel horrible mundo. Lo vi sonreír y reír, lo corearon los otros… y dijo que me sería fácil entenderlo si estuviera en su situación. Por lo visto, yo iba a ser únicamente la «pieza» que haría valer su fuerza a nuestro regreso a la Tierra.

«Conectó acto seguido uno de los aparatos de registro… y me asombró reconocer perfectamente reproducida aquella extraña voz que oyera cuando la paralización. Lo que explicó dicha voz confirmó mis sospechas y me dio ocasión de horrorizarme con mayor motivo.

—¿Aún está registrada esa voz? —se interesó el Jefe del Servicio Secreto.

—No. Ellos destruyeron el diagrama.

—Pero sí recordará sus palabras, ¿verdad?

El doctor Fremont asintió.

—Ésta es la cuestión, señor Obernich: el capitán Sledge y los cuatro hombres que lo acompañan han sido operados y… «poseídos».

—¿Operados… y «poseídos»?

—Eso he dicho.

—Pero ¿en qué forma?

—Cada uno de ellos cuenta una doble cicatriz: en el tórax y en la cabeza. La primera se haría visible con sólo desprenderse de sus ropas, y la segunda basta mirar entre el cabello que cubre el occipucio, junto entre las vértebras cervicales.

—Pero usted dijo que sólo se trató de una luz paralizante…

—Sí. No vi ningún instrumento quirúrgico y tampoco ninguna mano que lo moviera.

—Y esas cicatrices.

—Asombrosas por su normalidad. Como doctor, podría asegurar que en nada se diferencian de las que suceden a nuestras operaciones en la Tierra: dos líneas apenas perceptibles; aunque en esta ocasión con un ligero tono azulado.

—¿Cómo pudo comprobarlo, encerrado como estaba usted en esa jaula, doctor? —se sintió inclinado Oscar a preguntar.

—Porque así lo comunicó la voz registrada en el aparato… y el propio capitán Sledge se prestó a mostrármelas.

—¿No estaban vestidos?

—Lo estaban. Pero aquella extraña luz penetraba en ellos y hasta juraría que los hizo un momento transparentes, como si en lugar de seres humanos fueran muñecos de plástico.

—¿Qué aportan a eso sus conocimientos como doctor cirujano? —apuntó meticulosamente el señor Obernich.

—Nuestra ciencia, se lo aseguro, podría considerarse arcaica al lado de lo que vi suceder. Me estremece pensar en los poderes de aquella luz…

—Bien. Prosiga.

—Aquella extraña voz me dio a conocer lo sucedido. El capitán

Sledge y sus cuatro subordinados pasaban a ser seres dependientes de un mandato galótico. Habían sido doblemente operados: un diminuto transmisor en el corazón de cada uno de ellos permanece asido a uno de los ventrículos en estado de «no función».

—¿Ha dicho… un transmisor, doctor?

—Sí, del tamaño más o menos de una cabeza de alfiler.

—Y… en estado de «no función».

—Exactamente. Quiere decir que dicho transmisor se adapta perfectamente a las funciones normales del corazón. Si éste dejara de latir por alguna circunstancia imprevista, pongamos por muerte de la persona, inmediatamente dicho transmisor entraría en función… y bastarían unos segundos para que la inmediata transmisión abriera la caja que porta el capitán Sledge.

—¿Y…?

—La Tierra, sin el menor género de dudas, contra todo medio, se transformaría en una gusanera exactamente igual a ese horrible mundo del que les hablé.

Sucedió un raro y estremecedor silencio, al cabo del cual, el señor Obernich volvió a preguntar:

—¿La muerte de cualquiera de nuestros cinco hombres traería ese desastre?

—Así es. Y ello no representaría un problema mayor, si contáramos con el favor de su voluntad…

—Explique eso, doctor.

—Quiero decir, que si el capitán y sus hombres no estuvieran «poseídos», se podría transportar dicha caja a cualquier otro mundo galáctico, cualquier planeta distante y muerto, y en nada afectaría a la Tierra la muerte que contiene.

—Y esa forma de «posesión»…

—Corresponde al mandato de la extraña voz: ha sido introducido en el cerebro de cada uno de nuestros hombres un segundo receptor-transmisor igualmente diminuto que anula por completo las funciones naturales de sus cerebros, de modo que se hacen dependientes en todo de la voluntad que les ordenó regresar a la Tierra con esa maldita caja.

—O sea… que son ellos sin serlo, casi como si se hubieran transformado en autómatas de la extraña voz, ¿me equivoco?

—No, señor Obernich.

—¿Qué hubiera sucedido de haberme negado a la voluntad imperiosa del capitán Sledge?

—Se habría autodestruido… y su muerte habría acercado nuestro fin.

—¿De qué modo se hubiera autodestruido?

—Con un solo pensamiento. El segundo receptor— transmisor paralizaría el cerebro provocando la muerte inmediata… y de ese modo entraría en función el transmisor del corazón.

—¡Ya! Otra cosa, doctor…

—Diga.

—¿Está seguro que nada destruiría esa especie mortífera de gusano del extraño mundo galáctico?

—Absolutamente seguro. Pude ver en el visor de la nave cómo el espécimen superaba todas las pruebas a que la voz lo sometió para satisfacer mi curiosidad: ni un bombardeo nuclear desde la misma nave ni la mortífera fuerza del láser alteraron un sector de la gusanera.

—Y… ¿cómo pueden estar sometidos tales gusanos dentro de la caja?

—Lo que hay dentro de la caja, señor Obernich, no son gusanos… sino larvas.

—¿Larvas?

—Exacto. Algo las mantiene en estado amorfo; pero bastaría cualquier contacto exterior para que esas larvas cobrasen vida inmediata, reproduciéndose con asombrosa rapidez, devorándose a sí mismas… y devorando también cuanto hallasen a su alcance.

—Se hace increíble todo eso, doctor.

—Quiere decir usted… insólito, ¿no?

—Sí, sí; claro.

—Pero yo soy testigo de mis propias afirmaciones y puedo asegurarle que me quedo corto en mis explicaciones.

—¿Tiene idea de por qué le respetaron a usted la vida?

—Quiero entender que me usaron como medio de información, para que ustedes no cometieran el error de obstaculizar al capitán Sledge y a sus hombres.

—Bien, eso parece lógico. Pero… todo ha de obedecer a un plan, a un propósito…

—Estoy seguro.

—¿Conoce usted ese propósito, doctor?

—No. Lo lamento.

—Lo cual nos hace pensar que la extraña voz, la clase de ser que proyectó tan alucinante operación, por llamar el asunto de algún modo, tiene intenciones que amenazan nuestro planeta de doble forma.

—He pensado en eso durante nuestro regreso.

—¿Y llegó a alguna conclusión?

—Dado todo lo desconocido de ese mundo y de la extraña voz que ordena tan rara circunstancia, he llegado a pensar que quizá esa voz no procede de ese extraño mundo transformado en gusanera, sino de algún otro mundo próximo que ejerce algún extraño poder sobre el espécimen o ha sabido neutralizar algunas de esas larvas…

—¿Con qué fin?

—Eso sería tanto como pretender adivinar lo imposible.

—¿Sería posible concebir la idea de que alguna especie galáctica, pensemos en la extraña voz, se siente amenazada por ese extraño mundo, por su proximidad… y busca atrapar otros seres para estudiar las características de sus mundos a fin de hallar uno adecuado a sus medios de vida para su traslado a él? En otras palabras: si *ellos* desean abandonar su mundo por temor a su proximidad con el mundo dominado por ese espécimen, y comprobasen por medio del capitán Sledge y el resto de los hombres que nuestro planeta es ideal para su medio de vida, ¿no vendrían a asentarse en nuestro mundo, destruyéndonos a nosotros?

—Eso pensé —asintió el doctor Fremont—, aunque me producía verdadero terror el que la idea pudiera resultar cierta.

—Y, si así fuera, la amenaza sobre nosotros subsistiría… a menos que nuestra atmósfera resultara negativa para *ellos*, ¿no?

—Tal vez.

—En ese caso, la amenaza sería otra y muy distinta— medió el señor Obernich—, ya que a esos seres, por así llamarlos, jamás les interesaría contaminar nuestro planeta con el espécimen, en condiciones favorables: *ellos* mismos constituirían la amenaza.

—Se hará preciso saber qué se proponen el capitán Sledge y sus hombres…

—Si todo resulta como pensamos, yo le diré qué es lo que harán, doctor.

—¿Qué?

—Se proponen tomar un determinado número de muestras de nuestro planeta y llevarlo adonde convenga, lo que justifica la incautación de la nave…

—¿Se han incautado de la nave?

—Ésas fueron las palabras del capitán Sledge, doctor.

—Entonces todo ensambla con su opinión, señor Obernich.

—Bueno, no debemos dar por sentado nada. Esto es apenas un preliminar de cuanto nos espera en Control. Habrá que pisar con tiento y meditar a fondo… antes de informar al Pentágono. No podemos dejarnos atrapar absurdamente.

—¿Qué medidas piensa adoptar, en principio?

—Buena pregunta, doctor. Le diré que el automóvil que se llevaron de Control dispone de medios que nos permitirán localizarlo y seguirlo por radio. Ya se está haciendo. Y sabremos en todo momento cuáles son los pasos de nuestros hombres.

—Tal vez resulte peligroso, señor Obernich…

—Es un riesgo que habremos de correr. No podemos cruzarnos de brazos de buenas a primeras.

—Bien, usted conoce perfectamente cuál es su responsabilidad.

—Exactamente.

—Nuestro paso inmediato será dirigirnos a Control.

—¿No podría ver antes a mi esposa? Pat debe de estar inquieta.

—Hablará usted con ella desde mi despacho, doctor. Podrá tranquilizarla. Luego…, bien, la Superioridad será quien decida lo que deba y no deba hacerse. Pero tengo la impresión de que lo van a tener a usted sujeto a muchas incomodidades.

—Me hago cargo.

—En cuanto a ustedes —se volvió el Jefe del Servicio Secreto hacia el capitán Wayne y Smok (Murdock permanecía guardando la entrada de la nave y no se había enterado de nada) advirtiendo—: no comentarán con nadie lo que han escuchado aquí. Guardarán el más absoluto secreto. Si la noticia transcendiera al público, correría alrededor del mundo y cundiría el terror. Es algo que se hace necesario evitar.

Los dos hombres asintieron silenciosamente. Luego Oscar dijo:

—Señor Obernich, desearía hacerle una última pregunta al doctor Fremont.

—Hágala, capitán. Cualquier idea puede resultar interesante.

—Gracias. Dígame, doctor: ¿qué sucedería si fuera posible llegar de algún modo hasta el capitán Sledge y sus hombres… y anestesiarlos por sorpresa?

—Tendría que ser por algún medio fuera de toda sospecha, simultáneo y rápido… O de lo contrario bastarían esos escasos segundos para que cualquiera de ellos provocase su autodestrucción… con lo que echaría fuera el terrorífico contenido de la caja.

—Comprendo…

—La pregunta es sumamente importante —se interesó Lon Obernich en las primeras palabras de Oscar—. Sea cual fuere el medio, imaginemos por un momento que se consigue dormir a nuestros hombres. ¿Influiría eso sobre el fatídico transmisor de cada uno de ellos?

—No lo sé. La extraña voz no habló de eso.

—Quizá porque desconoce muchas cosas de nuestro mundo. En principio, la extraña voz pertenece, al menos así parece, a un ente que parece radicado por fuerza a su mundo, ya que si tuvieran medios de viaje ilimitado, no necesitarían de nuestros hombres para llegar al planeta Tierra.

—Pero aquella luz…

—Puede fijarse a un radio de traslado que no alcanza nuestro sistema solar. Si es un ente continuado, desconoce lo que es el sueño: saben de paralizaciones provocadas… y quizá una paralización de su tipo o medio provocaría la función del diminuto transmisor; pero un sueño profundo provocado por medios que casi podríamos llamar naturales… no afectaría en modo alguno al organismo de nuestros hombres y tampoco a las funciones del corazón, que mantendría intacto el diminuto transmisor. ¿Me equivoco?

—Así explicado, parece que no.

—Bien. Siguiendo la idea del capitán Wayne, habría que estudiar la posibilidad de adormecer a nuestros hombres, apoderarnos de esa caja y transportarla en cualquier astronave a cualquier planeta muerto de más allá de nuestro sistema.

—¡Eso provocaría la autodestrucción de los cinco!

—Pero la amenaza de destrucción de nuestro planeta

desaparecería, ya que aun contando con el largo alcance de esos transmisores, las malditas larvas aflorarían en una superficie lejana que en nada afectaría a nuestro mundo.

Oscar palideció.

—¿No podrá intentarse salvar al capitán y a sus hombres? —preguntó.

—Todo se estudiará, capitán Wayne —brillaron esperanzados los pequeños ojillos del Jefe del Servicio Secreto—. Esto corresponde a una idea de posibilidad y no voy a ser yo quien lo decida; pero sí estoy seguro que lo que se haga se hará con el mayor cuidado y conocimiento. Ahora debemos irnos…

Abandonaron la astronave «Estrella Polar» y pasaron a ocupar uno de los autos de Control, dirigiéndose por los distintos accesos fuera de la base.

Flotaba en el ambiente una amenaza: la del fin del mundo.

CAPÍTULO V

El general Hampthom, el coronel Building, el mayor Stephen y algunos especialistas del Servicio Superior se habían trasladado de inmediato a Control.

En el despacho de Lon Obernich, el doctor Fremont fue sometido al más lento y minucioso de los interrogatorios. Se necesitaba conocer hasta el más insignificante detalle, hasta el dato más insospechado, era preciso no incurrir en el menor olvido… para formarse una idea lo más exacta del caso y de ver de buscar una solución al tremendo problema que representaba aquella angustiosa amenaza galáctica.

Un oficial de Control pidió permiso para hablar con su jefe, el señor Obernich. Éste, sin deseos de abandonar el despacho, considerando la categoría de todos aquellos hombres —superiores suyos la mayoría de ellos—, ordenó:

—Hable usted, Kasell.

—Se refiere al auto que vienen ocupando la tripulación de la «Estrella Polar»…

—¿Qué sucede?

—Que hemos perdido su rastreo, señor.

—¡Por todos los diablos!… —Lon hizo un esfuerzo y se contuvo, preguntando—: ¿Cómo ha sucedido?

—No lo sabemos, señor. Únicamente vimos cómo desaparecía la señal y quedaba en blanco la pantalla de rastreo.

—¿Alguna idea sobre el particular?

—Si no fuera aventurar demasiado contra nuestro procedimiento, me atrevería a asegurar que ha sido descubierto y arrancado el «phone» del auto.

Hubo a continuación un extraño silencio. Las miradas de los presentes entretejieron una interrogante general que flotó en el aire.

—Regrese a su puesto, Kasell —ordenó el general Hampthom—. Nosotros nos preocuparemos de tratar el asunto.

—Bien, mi general.

Desapareció el oficial y el señor Obernich regresó junto a la gran mesa ante la que se hallaban reunidos.

—¿Sugiere que hagamos alguna cosa, mi general?

—Sí: esperar.

—¿Esperar, señor? Pero…

—Si como sospecho el capitán Lodge y sus hombres descubrieron y arrancaron el «phone» del auto, no tardarán en intentar advertirnos al respecto para que desistamos de intentar algo parecido… so pena de que queramos provocar nuestro fin.

—Entiendo.

—Continuemos con lo que íbamos. Veamos, doctor Fremont…

De nuevo empezaron las preguntas, las suposiciones, las dudas e ideas a caer sobre los atormentados oídos del doctor Fremont. Había que profundizar en el problema tras una solución…

* * *

El general Hampthom no se equivocó. Justo a la media hora de haber comunicado el oficial Kasell la pérdida de contacto con el automóvil ocupado por la tripulación de la «Estrella Polar», sonó el intercomunicador.

Respondió a la llamada el propio general Hampthom:

—Diga.

—Mi general, el capitán Sledge exige que se le comunique con el señor Obernich.

Era la voz del mismo oficial. Hampthom le hizo un gesto al Jefe del Servicio Secreto y éste se acercó al interfono, diciendo:

—De acuerdo, Kasell, comuníqueme con él.

Se escuchó un clic metálico y llegó hasta los reunidos la áspera voz del capitán Sledge:

—¿Señor Obernich?

—Le escucho, John…

—¡Bien! Pues preste usted mucha atención a lo que voy a

decirle: he descubierto que rastreaban nuestro auto y he destruido el «phone» del mismo. Esto iba contra nuestro acuerdo…

—Querrá decir contra su exigencia.

—¡Es lo mismo! Usted prometió no obstaculizar nuestro paso. Se lo advierto: otro fallo como este… ¡y será el fin de todos, sin remedio!

—Tomo buena nota de ello, capitán.

—Supongo que el doctor Fremont les habrá informado ya suficientemente, ¿o no?

—Lo hizo —respondió Obernich, costándole un gran esfuerzo.

—Y aun así… ¿se han atrevido a contradecirme?

—Capitán, usted sabe…

—¡Sólo sé una cosa, Lon, y es que debo meterles algo en la cabeza a pesar de su resistencia! Le tomaré a Control este error en su cabeza responsable.

—¿Qué está diciendo?

—Que ha llegado su momento, estúpido. Morirá en unas cuantas horas y nadie hará nada por vengarle, Lon.

—Oiga…

Se escuchó el corte de la comunicación.

El Jefe del Servicio Secreto se volvió lentamente, con la mirada brillante por un miedo extraño y la frente llena de natural sudor.

Los demás hombres le contemplaban en silencio, incapaces de reaccionar ante aquello tan imprevisible.

—¿Lo han oído? —murmuró Obernich, con voz entrecortada.

El general Hampthom se puso en pie y fue a su lado, intentando tranquilizarle:

—Señor Obernich…

—¡Lo harán, estoy seguro!

—Trataremos de evitarlo.

—¿Cómo, general?

—Pues… no lo sé, así de pronto… Pero tiene que existir un medio de eludirles.

—Presiento que todo resultará inútil.

—Por el momento, queda usted relegado de todos sus servicios, señor Obernich. Permanecerá en un lugar seguro, custodiado por nuestros mejores hombres.

—¿Qué pasará si ese loco se entera?

—Tampoco lo sé…

—Yo sí lo sé, general. Les obligará a entregarme… y ustedes no podrán negarse.

—Tampoco podemos permitir que lo asesinen impunemente ante nuestros ojos.

—¿Y qué conseguirán negándose? Ninguno de esos cinco hombres es dueño de sus propios actos…

—Hemos sopesado cierta idea, señor Obernich, ¿lo ha olvidado?

—¡Cómo habría de olvidarlo! —casi gimió el Jefe del Servicio Secreto, disminuido por la angustia—. Pero ustedes no pueden arriesgarse a nada que provoque la destrucción de nuestro mundo.

—Hemos tratado dicha idea con cierta lógica. Por ejemplo, queremos entender que la extraña amenaza galáctica sobre nuestro planeta se concreta a la necesidad de unos *seres* demasiado próximos a un mundo de exterminio… que desean emigrar a otro mundo: suponemos que el nuestro, en este caso.

—¿Qué importa eso ahora?

—Importa que tanto el capitán Sledge como sus cuatro subordinados necesitan llevar pruebas de nuestro planeta… y jamás lo destruirán por un simple capricho.

—¿Qué quiere decir? —miró Obernich al general con un asomo de esperanza en sus ojos.

—Confiemos en lo real de esta idea y veamos en qué nos ayuda a ciertas negativas —expuso el problema el general Hampthom—. Si los que imponen su voluntad a nuestros astronautas «poseídos» desean emigrar de su mundo a otro que reúna las condiciones necesarias de vida para *ellos*, y esperan que Sledge y sus hombres lleven la confirmación con suficientes muestras y análisis de nuestro planeta, jamás pospondrían su necesidad a la voluntad de un capricho, sin antes conocer esas muestras.

—Entiendo lo que quiere decir. Pero… ¿no es arriesgar demasiado en una suposición?

—Tal vez. Estudiaremos el asunto y adoptaremos las medidas que consideremos necesarias. Por el momento, usted permanecerá en Control sin moverse para nada.

* * *

Aquella misma noche, el capitán Sledge regresó a su domicilio, encontrándose con Sara, su cuñada Anna y su colega y amigo, el capitán Wayne.

Bill, el hijo de John y de Sara estaba en el internado, ignorante de cuanto estaba sucediendo.

Sara se quedó mirando a su esposo antes de decidirse a abrazarlo, como otras veces. Se le antojaban casi un extraño, distinto y… distante, a pesar de que Oscar no había hablado de lo que estaba ocurriendo, limitándose a ciertas palabras que en nada le comprometían.

—John…

—Hola, Sara —la miró él sin entusiasmo, fijando luego sus fríos ojos en Anna y, más especialmente, en Oscar—. ¿No es demasiada gente para un hogar, querida?

—¿Qué estás diciendo, John?

—Está perfectamente claro, Sara —murmuró Oscar—. John se siente incómodo con mi presencia, ¿no es eso?

—Siempre he dicho que eras inteligente, Oscar.

—¡John! —se escandalizó Sara, sin poder creer lo que estaba escuchando.

Él apenas le prestó atención, añadiendo:

—Adiós, Oscar. Puedes tomarte la molestia de no volver nunca más por aquí, supongo, ¿hum?

—No te preocupes, John…

—Si lo que te traía era Anna…, puedes llevártela contigo. Os casáis y asunto concluido. Así también ella dejaría de ser un estorbo.

Sara se llevó las manos a los labios para ahogar una exclamación. ¡Por el amor de Dios! ¿Qué mal había contaminado los buenos pensamientos y la bondad de su esposo?

La propia Anna resolvió el problema.

—Subo un momento a hacer mi maleta —dijo.

—Anna…

—No te preocupes, Sara. Tal vez John tenga motivos para esto.

—Gracias, querida cuñada —sonrió Sledge un tanto suficiente—. Tu hermana es comprensiva…

—¡No, John, te equivocas! —estalló Sara—. No acierto a comprender tu desagradable comportamiento.

—No te alteres, querida.
—¡Esto no tiene ningún sentido!
—Lo tiene… y Oscar lo sabe. ¿Verdad, Oscar?
La mirada de Sara fue hacia el mejor amigo de su esposo tratando de penetrar en sus ojos:
—¿Es cierto eso, Oscar?
—Sara…
—Tú dijiste que no había nada anormal, que todo obedecía a ciertas conveniencias de Control. Pero ahora veo que hay «algo» más. ¿Qué está sucediendo, Oscar?
—No puedo decirlo, Sara. Me han sellado los labios. Pero ello en nada afecta a vuestra vida y a la voluntad de John. Haz lo que él te pide y todo volverá a ser como antes, confía en mí.
—Pero…
—Hazme caso, Sara. John te necesita ahora más que nunca y…
—¡Lárgate, Oscar! —se ofendió Sledge—. Ya me estoy impacientando.
—Sí… Te espero fuera, Anna.
—En seguida voy —dijo la joven.
—¿Adónde iréis? —se preocupó Sara.
—La llevaré a casa de mis padres, no te preocupes —sonrió Oscar.
Inmediatamente abandonó la casa, metiéndose en su coche para esperar a Anna.
Después de que ésta y Oscar se hubieron ido, Sara trató de conseguir una explicación de su esposo a tanta ingratitud y a tanta descortesía.
Él se negó a responderle. Simplemente dijo:
—Yo soy quien da las órdenes, querida; quien decidirá lo que está bien y lo que está mal. Tú me perteneces y me obedecerás en todo. Y si no lo haces, darás a entender que estás en contra mía… y no me importará estrangularte.
—¡John! —se horrorizó Sara, que jamás hubiera creído poder escuchar tales palabras de los labios de su esposo.
Él sonrió extrañamente desdeñoso.
—Ya lo has oído, Sara. Trata de no molestarme.
—¡Mucho has cambiado, John! No eres el mismo… No me has besado, has echado de nuestra casa a las personas que más

queríamos… y ni siquiera preguntaste por nuestro hijo.

—Ah, sí, nuestro hijo… ¿Cómo está ese enano travieso?

Los ojos de Sara se llenaron de rabiosas lágrimas, ahogó las palabras con un gesto no menos rabioso… y terminó huyendo de la presencia de su esposo para ir a desahogar su dolor en su habitación.

John ni se inmutó. Como un autómata, se dirigió al teléfono y marcó un número en el dial. Habló en voz baja, como si quisiera evitar oírse a sí mismo, y luego empezó a quitarse la ropa para meterse en la ducha.

En el pecho, a la altura del corazón, se observaba una pequeña línea azulada, de un tinte indeleble y que parecía indicar el lugar exacto de una operación quirúrgica.

Sus ojos estaban como vidriados, sin luz propia…

* * *

Lon Obernich permaneció largo rato enclaustrado en su despacho de Control.

Al principio, la orden del general Hampthom y el temor que se había adueñado de su persona le habían movido a aceptar aquellas paredes con particular satisfacción.

Pero luego, a medida que el tiempo fue pasando y se fue serenando, haciéndose a la idea de lo que estaba ocurriendo, se dijo que no podía permanecer indefinidamente allí encerrado, retirado como un trasto inservible.

¡Él era el Jefe del Servicio Secreto desde hacía tres años! Había pasado por mil peligros distintos y siempre había salido con bien de todos ellos.

Cierto era que este caso le asustaba más que ningún otro, que ofrecía unas características completamente distintas a cualquier otro, en las que ni siquiera parecía tener significado la palabra defensa.

Pero era su vida la amenazada, por el momento. Y aparte de que no podía demostrar cobardía ni quedarse ausente de un problema de carácter tan delicado y comprometido para el mundo de nuestro planeta, había llegado a la firme convicción de que nada detendría al capitán Sledge contra su vida.

Ni aquellas paredes, ni los dos guardias que estaban el corredor bloqueando la puerta de entrada, ni toda la organización de Control serían obstáculo alguno para sus enemigos. Sobre todo, habida cuenta de aquella orden de la Superioridad, en la que se advertía claramente que los cinco astronautas de la nave «Estrella Polar» gozaban de inmunidad absoluta.

Dos golpes en el pasillo, como de dos cuerpos que se desplomasen, hicieron que Lon Obernich mirase con temor hacia la puerta.

Tuvo el presentimiento de que la amenaza contra su vida rodaba ya inexorablemente. Y lo peor de todo, era que debía sacrificarse, resignarse a su propia muerte. No podía adoptar ninguna medida contra dicha amenaza, ni siquiera usar el arma que tenía al alcance de la mano, encima de la mesa, convencido de que al hacerlo provocaría el fin de todos sus semejantes, ¡el fin de la Tierra!

Se dibujó una sombra, una figura humana, en el largo cristal biselado de la puerta. Se movió el pomo y la puerta empezó a girar muy lentamente…

La frente de Obernich se perló de frío sudor y sus ojos se fueron dilatando con la seguridad de la desgracia. Algo anunciado… y que se hacía inevitable, por cuanto que no parecía existir ninguna defensa posible.

Se abrió del todo la puerta, apareciendo ante sus ojos una persona a la que no esperaba.

Fue a decir algo, recuperando su ánimo, pero le contuvo el ver el cañón de aquel arma que apuntaba a su cuerpo. El miedo de un principio se transformó en sorpresa.

—¿Qué significa todo esto…?

—¿No lo adivinas, Lon? —sonrió el otro hombre con un desconocido brillo de demencia en sus ojos—. Hace mucho tiempo que esperaba este momento… ¡y por fin, ha llegado!

Obernich se sintió aturdido, confundido. ¡Maldita circunstancia! Y lo entendió todo rápidamente. Una verdad que se abría ante sus ojos como un descubrimiento tan inesperado como insospechado. ¿Cómo no se le había ocurrido pensar fuera de todo aquello tan fantástico?

—¿Hasta dónde piensa llegar con todo esto? —preguntó.

—Lo consideraba a usted un hombre inteligente, Lon, y acabo de

comprobar que es un pobre diablo sin demasiadas luces y de escaso alcance. Su mayor error fue recusar con su voto el fin de todas mis aspiraciones… y le ha llegado el momento de pagar.

Obernich lamentó no haber tenido ni siquiera la idea de aguantar el peso de su pistola… la flamante automática descansaba ahora en la mesa, lejos de su alcance.

Su enemigo descubrió aquella mirada, y sonrió seguro de su propia arma. Murmuró:

—Demasiado tarde, Lon. ¡Lo voy a matar!

—Jamás llegará al final de su maldito propósito…

Dos ligeros chasquidos, como el cortar del aire por dos cuchillos a un mismo tiempo, sentenciaron las últimas palabras del Jefe del Servicio Secreto.

Cayó hacia delante con el gesto contraído y ensangrentado, los ojos muy abiertos, la rabia en los labios… y sin haber llegado a pronunciar el nombre de su asesino.

Éste rió por lo bajo, mientras guardaba el arma entre sus ropas. El «lobo» asesinado en su madriguera…, ¿no era interesante? Y nadie iba a descubrir quién, cómo y por qué lo había hecho, porque existían sobradas razones para pensar en cosa de mucha más gravedad que la desaparición de un vulgar «sabueso».

El mundo seguía amenazado…

CAPÍTULO VI

—¡General Hampthom!

—Adelante, mayor Stephen.

El mayor cruzó el umbral de aquella puerta y dio un pequeño rodeo en torno al general y al cadáver de Lon Obernich, en el suelo del despacho.

El mayor Stephen había acudido a Control para mantener un nuevo cambio de impresiones con el Jefe del Servicio Secreto. Al desembocar en el pasillo que conducía a su despacho, lo primero con que tropezaron sus ojos fue con los cuerpos tendidos de los dos guardias.

¡Estaban muertos! Cada uno de ellos presentaba un orificio en la cabeza, de bala.

Luego, al fijar su mirada en el interior, descubrió al general Hampthom de pie ante el cadáver de Obernich.

—¿Usted lo hizo, señor?

El general se volvió con la mirada inflamada hacia su subordinado, gruñendo:

—¡No sea estúpido, mayor! Vine para hablar con Lon… y ya ve con lo que me he encontrado. ¿Y usted?

—También deseaba hablar con Lon. Pero… es extraño que nadie en Control advirtiera lo sucedido antes que usted y yo, ¿no cree?

—¿No estará usted pensando…?

—No, general. Olvide mi torpe pregunta. ¿Le importa que haga una llamada telefónica?

—¿A quién?

—Al domicilio del capitán Sledge.

—Hágala mayor. Presiento que hemos tenido la misma idea.

El mayor Stephen hizo la llamada y un minuto más tarde se

escuchaba la voz del «poseído»:

—Diga.

—Capitán, soy el mayor Stephen…

—¡Ah, vaya! Me había hecho el propósito de no volver a oírle jamás, mayor. Pertenece usted al número de personas que me han sido siempre desagradables. ¿Qué diablos le duele?

—Han asesinado al señor Obernich.

—Lo sabía. Yo mismo se lo comuniqué a ese estúpido, por intentar ponerme trabas.

—Pero usted no estuvo en Control, no fue usted quien lo hizo.

Se escuchó una carcajada. Y la voz de Sledge:

—Claro que no, mayor. Tengo cosas más importantes que hacer. ¿Alguna otra cosa?

—Pues…

—No me haga perder mi precioso tiempo, mayor. Usted puede jugar en su piel de lobo y tomarse el cargo para jugar a dar órdenes; yo tengo mejores aspiraciones.

—¿No está jugando a que lo maten, capitán?

Sucedió un largo silencio, al cabo del cual la voz fría y pausada de Sledge sentenció:

—Ha sido usted un tonto, mayor. Ahora veo que no puedo descuidarme con tipos como usted… y será mucho mejor que desaparezca. No llegará con vida a mañana, se lo aseguro.

Y se cortó la comunicación.

—¡Ese hombre está más que loco! —gruñó el mayor, espetando el microrreceptor en la horquilla del teléfono.

La voz del general Hampthom se volvió grave y contradictoria:

—Acaba de cometer un gran error, mayor Stephen. Si llego a imaginar que serían esas sus palabras, le hubiera impedido hacer esa llamada. ¿Sabe qué es lo que ha conseguido?

—Pero, general…

—Acaba de ser usted sentenciado, mayor. ¿Acaso tampoco le entra eso en la cabeza? Lon demostró ser mucho más sensato que usted… Y ya ve cuál ha sido su fin.

El mayor palideció. De pronto comprendía que había hecho la mayor tontería de su vida. Y reaccionó de la manera más inconveniente, diciendo:

—¡Yo lucharé, general!

—¿Cómo… y contra quién? Mató a uno de esos hombres y arrastrará consigo a toda la raza humana. Algo que nosotros trataremos de impedir, mayor.

—Entonces… ¿van a dejar que ese loco me asesine?

—Sólo hay una forma de impedirlo…

—¿Cómo?

—Ocultándose donde nadie pueda encontrarle. Con ello habrá logrado también mermar las posibilidades de nuestro Servicio; pero siempre será preferible no contar con su ayuda a tener que enterrarle junto a Lon Obernich.

El mayor Stephen meditó su situación, y admitió pesarosamente su error:

—Tiene usted razón, mi general. ¡Me he portado estúpidamente!

—Ya no proceden las lamentaciones.

—No, señor.

—Váyase cuanto antes de Control y desaparezca. Ni yo mismo deseo saber dónde se oculta, así no me veré en la necesidad de descubrirle si algo intentara obligarme a ello.

El mayor asintió, y abandonó el edificio de Control.

No fue demasiado lejos…

Un fuerte chirrido en la calle, seguido de un alarido espantoso, obligó al general Hampthom a dirigirse a una de las ventanas. Vio los faros traseros de un coche alejándose a toda velocidad, mientras en mitad de la calle había un cuerpo tendido y destrozado.

¡Era el cadáver del mayor Stephen!

Se reunió gran número de gente alrededor del muerto, hasta que varios hombres de Control despejaron a los curiosos, introduciendo el cadáver en el edificio.

Uno de los oficiales, al ver llegar al general Hampthom trató de explicarle lo sucedido, pero éste le interrumpió:

—No necesita decir nada, teniente: vi lo ocurrido desde el despacho del señor Obernich.

—Bien…, señor. Yo mismo me preocuparé de localizar ese auto y…

—Olvídelo, teniente.

—¿Cómo dice, mi general? Pero, señor…

—¡No trate de contradecirme, teniente! Sé lo que hago y por qué lo hago, no puedo darle más explicaciones. Además, hay otros tres

cadáveres en Control.

—¡Qué!—El señor Obernich ha sido asesinado en su despacho, también los dos hombres que guardaban la entrada. Háganse cargo de ellos y olvídense de comentar el caso, ¿entendido?

—Sí, señor…

En aquel mismo instante uno de los hombres de Control se acercó para comunicarle al general:

—Señor, hay una llamada para usted.

El general adivinó inmediatamente de quién se trataba, no obstante preguntó:

—¿Ha dado su nombre?

—El capitán Sledge, señor —asintió el hombre.

No se había equivocado el general. Luego, cuando tomó el microrreceptor, sintió que un terrible furor le apoderaba al escuchar la voz de su mejor oficial en otro tiempo:

—¿General Hampthom?

—Sí, John. Diga.

—Lo considero enterado de la muerte de Lon y del estúpido mayor Stephen.

—Así es.

—¿No va a molestarse ni a insultarme, general?

—Usted me conoce y sabe que no exteriorizaré nada que le lleve a desear mi muerte.

—Sí…, usted es un hombre sensato, de los que valen, general. Y aunque supongo que tiene ahora deseos de estrangularme, estoy seguro de que jamás cometería el error de decírmelo.

—¿Hasta dónde piensa llevar esta situación, capitán?

—Eso depende de los inconvenientes que ustedes traten de ponernos a mis hombres y a mí.

—¿Era preciso dar muerte al señor Obernich y al mayor Stephen?

—Desde luego. Además, ellos mismos se lo buscaron.

—¿Le importa decirme por qué?

—Varias razones, pero especialmente, demostrarle a usted que no debe dudar de nuestras amenazas.

—¿Le importaría responderme a una pregunta, capitán? El señor Obernich y los dos guardias fueron asesinados en Control, sin que usted ni ninguno de los cuatro hombres que le secundan hayan

puesto los pies aquí. ¿Acaso hay alguien en el Servicio capaz de contribuir de tal modo a sus planes?

—No le responderé, general. No entra en las reglas del juego descubrir todas las cartas.

—Pero…

—Ustedes ya conocen la razón que les obliga a mi mandato. Le diré también que, sea cual fuere el medio, me bastaría ordenar su muerte desde aquí… y no viviría usted más allá de unos cuantos minutos. Le sucedería como a Lon o como al mayor. Así que, general, piense en ir convenciendo a sus colegas… ¡O de lo contrario nos iremos todos al infierno de cabeza!

—Sin alternativas, ¿no es eso?

—Sin la menor alternativa. Mañana a primera hora, yo mismo pasaré por su despacho de Control. Espero haya reunido un millón de dólares en billetes de a mil…

—¿Un millón de dólares?

—Eso he dicho, general. Usted se las arreglará para no contradecirme. Necesito ese dinero…

—¿Para qué?

—Es cosa mía.

—Imaginaba que a los *seres* de más allá de nuestro sistema no les importaban nuestros dólares.

—Pues se equivoca: no les importa nuestro dinero, pero sí lo que se ha de conseguir con ello. Y yo no puedo ni quiero perder el tiempo en ir enterando a la gente de la calle cuáles son mis poderes ahora ni el objeto que me mueve para adquirir todas aquellas cosas que mis hombres y yo necesitamos.

—¿Qué más?

—De momento, nada más. Sólo espero que no sea usted el tercer hombre en oponerse a mis propósitos.

El general fue a decir algo, pero se cortó la comunicación.

El asunto se agravaba cada vez más, y no por la importancia de aquella suma. El general Hampthom supuso que dicha suma de dinero serviría al capitán Sledge para adquirir determinados objetos y aparatos que debía precisar para llevar una respuesta a los que le habían «poseído». Pero ello suponía poner en sus manos los medios de un posible exterminio.

¡Y no podía negarse a ello!

Ni siquiera se tomarían la molestia de advertir la numeración y serie de dichos billetes, ya que era una exigencia a ojos vistos y una entrega de obligada conveniencia.

—Teniente Hass.

—A la orden, mi general.

—Localice cuanto antes al director del Banco Nacional y dígale que se reúna conmigo de inmediato. Es un caso de emergencia. Estaré todo el rato en mi despacho.

—Bien, señor…

* * *

Descalzo y con todo el tórax al descubierto —hacía poco que había salido de la ducha—, el capitán Sledge abandonó sonriente el teléfono y se volvió para terminar de vestirse, cuando descubrió a su esposa Sara, grave y silenciosa en el rellano de la escalera.

Sus miradas se encontraron, aunque no como otras veces.

—¿Has estado escuchando? —preguntó él.

Ella asintió. Y dijo:

—Creí que tu mundo era la Tierra.

—Querida, no pienso explicarte absolutamente nada. No importa que te incomodes, habrás de resignarte y ser obediente… O me obligarás a matarte.

—¿Cómo ordenaste hacer con el señor Obernich y el mayor Stephen?

—No. En este caso, no llamaría a nadie: ¡te apretaría el cuello yo mismo!

—No sé si estoy empezando a desear que lo hagas, John. Por lo menos tendría el consuelo de saber que no habría de ver tus criminales locuras, ya que presiento que eso es sólo el comienzo.

Sledge sonrió extrañamente.

—Pues sólo tienes que decirlo, encanto, y pondré fin a tus escrúpulos.

Sara se había ido acercando, descubriendo en el pecho de su esposo aquella extraña señal.

Alargó su mano un tanto confundida.

—¿Qué es esto, John?…

Él la golpeó en la mano, mirándola con ojos malignos.

—¡Nada que te importe! Y ahora regresa a tu cuarto y no salgas de él hasta que yo te lo ordene. ¿Entendido?

Sara dudó. Estaba por contestarle, por gritarle que no tenía ningún derecho a ordenarla y hostigarla de aquel modo; pero la voz de la prudencia la aconsejó en el último instante, y muy a pesar suyo, se giró y volvió a subir las escaleras.

Sledge gruñó como una mala bestia, dio una patada a una de las sillas y se vistió todo lo aprisa que pudo, abandonando luego la casa y desapareciendo…

CAPÍTULO VII

Oscar Wayne había tenido una corazonada…

Desconocedor tanto de la muerte de Lon Obernich como del mayor Stephen, se propuso hacer sus propias averiguaciones desde la oscuridad, consciente de que su amigo Sledge tendría puesta toda su atención en Control.

Después de confiarles a sus padres la necesidad —que ellos hicieron placer— de recibir a su prometida Anna, Oscar regresó con su auto a las inmediaciones del domicilio de Sledge.

Se apostó en un lugar conveniente, desde donde alcanzaba a ver el edificio. Todavía estaba el auto de Control incautado por los astronautas ante la entrada, lo que le hizo comprender que John seguía en la casa.

Le costaba trabajo imaginar cuál sería la situación de Sara. John no era el mismo… y temía que Sara cometiera el error de irritarle.

Hundido en el asiento del auto, amparado por la oscuridad, se decidió a esperar, armándose de una gran paciencia. Sólo esperaba que John no decidiera quedarse en la casa toda la noche…En el fondo de uno de sus bolsillos acariciaba la dura superficie de un arma. Cualquiera hubiera podido identificarla como una de las convencionales pistolas usadas por los agentes de Control. Pero muy pocos sabían que era un arma especial.

Después de un breve experimento en los laboratorios, la habían empleado en un servicio especial de contraespionaje, resultando ciertamente positiva, aunque susceptible de mejorarse.

Oscar, uno de los que habían intervenido en dicho caso, conservaba aún dicha arma… y pensaba, si el caso lo requería, servirse de ella para conjurar el peligro que amenazaba a la Tierra.

Sabía que estaba operando fuera de toda orden, contra la voluntad de sus superiores y llevado de una responsabilidad que no sólo podía resultar nefasta, sino que, en el mejor de los casos, el más pequeño error podía arruinar de hecho su envidiable carrera.

Transcurrió el tiempo monótonamente. Pero, por fin, Oscar vio coronada su paciencia al ver cómo se abría la puerta de entrada del domicilio y salía John, dirigiéndose al magnífico auto.

Se enderezó en el asiento, y, cuando vio alejarse el vehículo, puso el suyo en marcha, siguiéndole a prudente distancia con las luces apagadas.

Sabía la clase de riesgos que todo aquello entrañaba, se decía a sí mismo que tal vez estaba emprendiendo una locura, que mejor sería renunciar a su propósito y dejar que Control estudiara la forma más conveniente de conjurar el peligro de tan terrible amenaza.

Pero había algo en él que le empujaba, una fuerza que le impulsaba a continuar aquel intento contra toda lógica y contra toda prudencia, sin saber a ciencia la clase de peligros con que habría de encontrarse… y la posible terrible consecuencia de su decisión, si era descubierto o precipitaba los acontecimientos.

El automóvil dejó muy pronto la ciudad para buscar una de las zonas extremas, más allá de los muelles de cabotaje y de los compactos edificios que señalaban los grandes barrios obreros.

Se detuvo frente a un sucio edificio con una enorme puerta. El doble haz de luz de los focos pareció comunicar en ella una señal al interior, abriéndose dicha puerta y penetrando el vehículo conducido por el capitán Sledge.

Luego, la puerta volvió a cerrarse, al parecer por sí misma, y todo quedó como antes;

Oscar lo observó todo desde su auto a oscuras. Condujo el vehículo hacia un callejón próximo, luego descendió del mismo y se dirigió con toda serie de precauciones a la parte frontal del oscuro edificio. Pasó frente a dicha puerta y se fijó en una de las escaleras de hierro que colgaban en ambos lados, semejantes a las de incendios.

Tuvo que dar un gran salto y estirarse en toda su longitud para alcanzar con los dedos el terminal de dicha escalera; pero fue suficiente, ya que sus dedos se aferraron como garfios, dejándolo

suspendido de ella.

Oscar se mantuvo unos segundos en aquella posición, aspiró todo el aire que pudo hasta llenar sus pulmones y se elevó luego a pulso, consiguiendo su objetivo de encaramarse sobre la escalera.

Entonces se dio buena prisa en ascender hasta una de las cornisas superiores, donde asomaban tres ventanales en línea con cristales sucios aunque no inviolables.

Exponiéndose a una caída mortal, Oscar se aventuró sobre aquella cornisa, de espaldas a la pared, con la rigidez obligada del cuerpo y moviéndose paso a paso.

Abajo, el suelo de asfalto parecía querer llamarle a una muerte segura, si sus pies cometían el más pequeño fallo.

Afortunadamente, el vértigo no era una amenaza para un astronauta como él, dotado de la mejor enseñanza técnica y afectiva, logrando vencer aquella enfermiza atracción que en cualquier otra persona hubiera provocado la caída muy probablemente.

Logró deslizarse hasta la primera de las ventanas. Y ya pudo volverse y cambiar de postura, gracias al hueco de la misma. Trató de penetrar con sus ojos en el interior al través de los cristales, pero la suciedad que los empañaba se lo impidió. Sacó el pañuelo del bolsillo y limpió la superficie de uno de ellos.

No descubrió nada importante, o al menos así lo supuso al principio, ya que dicha ventana daba a un hueco de escalera interior.

Pensó en deslizarse hasta la inmediata. Pensaba que así podría espiar el interior, donde sospechaba que Sledge estaba reunido con sus hombres, y tratar así de conocer sus propósitos. Pero le contuvo una mejor idea.

Se fijó en uno de los cristales que estaba sedado. Lamentó no haber tenido la idea de equiparse con algunos de los instrumentos hábiles de que usualmente se servía en todo tipo de trabajos espaciales; pero no era momento para dudas ni lamentaciones y la práctica le condujo a servirse de un cortaplumas y del pañuelo para arrancar aquel cristal sedado sin provocar el menor ruido, que le habría delatado sin duda.

Logrado esto, introdujo el brazo por el hueco y, trabajando de ambas partes, le fue mucho menos difícil arrancar dos nuevos

cristales, hasta alcanzar, por el último hueco, la férrea pestaña interior que mantenía cerrada la ventana.

El abrirla ya no supuso ningún inconveniente, si bien puso en ello el mayor cuidado, ya que el marco y los goznes debían estar fuertemente agarrotados por la humedad y el tiempo, y si algo crujía…

Tomando todas las precauciones aconsejables, abrió la ventana sólo el espacio justo que le permitiera introducir su cuerpo por el hueco, y cuando se vio en el interior de aquella escalera circular, respiró profundamente, como quien acaba de salvar el más peligroso trance.

Finalmente, conteniendo el aliento y pisando con pies de plomo, empezó a descender las escaleras, hasta llegar a un estrecho descanso que le puso en comunicación con la parte baja del edificio.

Su rostro reflejó satisfacción, cuando sus miradas llegaron a dicho lugar y descubrió que no había errado en su esfuerzo…

El edificio en cuestión constituía en su parte baja una enorme planta rectangular, destinada al uso de almacén, como sin duda debía de ocurrir con las demás plantas altas, a las que se llegaba por la ya conocida escalera en que se hallaba Oscar y por varios montacargas situados en los distintos ángulos de la planta.

Había infinidad de enormes cajas precintadas, maquinaria manufacturada, grandes pilas de sacos y un sinfín de distintos artículos, debidamente colocados y alineados entre sí.

Hacia el centro, varios pasillos convergían en un espacio expresamente libre, al que se llegaba directamente desde la enorme puerta de entrada. Allí había una mesa tosca y sucia, donde debía de llevarse todo el control de dicho almacén.

El automóvil de Control conducido por el capitán Sledge estaba justamente a mitad del pasillo central.

Y alrededor de aquella mesa —lo más importante para Oscar— se hallaban los cinco astronautas de la «Estrella Polar».

Oscar ya había escuchado la voz de John cuando descendía aquella escalera, ocultándose en el rellano y espiando cuanto estaba sucediendo sin descubrirse a sí mismo.

John Sledge continuaba hablando a los hombres de su tripulación en tono fácilmente audible:

—Las órdenes no pueden ser más concretas y debemos estar

atentos para que todo resulte como está planeado. Mañana, a primera hora, el teniente Collins y yo nos presentaremos en Control…

—¿No es demasiado arriesgado? —preguntó Kirk Sampson.

Sledge le miró, sonriendo extrañamente y respondiendo:

—¿Arriesgado? ¿Para quién, Kirk? No olvidéis que somos dueños absolutamente de la situación.

—Bien, yo…

—Tú ignoras muchas cosas, amigo. Y una de ellas es que nadie osará poner inconvenientes a nuestra voluntad. Los que lo intentaron o cometieron el error de subestimarnos, han pagado su estupidez.

—¿De quiénes habla, capitán? —preguntó Kreigh.

—En primer lugar, de Lon Obernich, el sabueso Jefe —sonrió Sledge con brillantes ojos homicidas—. ¡Ya no volverá a molestarnos!

—¿Acaso… ha muerto?

—Sí. Fue «eliminado» en su mismo despacho de Control.

La noticia llegó a los oídos de Oscar Wayne como un latigazo. ¡El señor Obernich asesinado! Y su amigo John lo comentaba con indiferencia, diríase mejor que con despectiva satisfacción, como si el hecho de asesinar fuera ya un placer para su transformado instinto.

Pero todavía no lo había escuchado todo.

—¿Qué otras muertes hubo, capitán? —se interesó Sampson.

Sledge se volvió hacia su subordinado más inmediato:

—Explíqueles, teniente.

Rupert Collings asintió y procedió a comunicarles:

—Otra muerte: la del mayor Stephen.

Nueva impresión para Oscar, que apretó los dientes rabioso. ¡Aquellos locos! Pero no tardó en recordar que ninguno de ellos era dueño de sus actos, y se limitó a seguir escuchando.

—¿Por qué el mayor Stephen? —inquirió Albert Welley.

—Eso no nos lo pregunte, Albert —gruñó. Sledge—. Se me comunicó la orden… y el teniente Collings se encargó de llevarla a cabo. Sólo tuvo que situarse con un auto en un lugar conveniente de la calle y esperar a que ese estúpido abandonara el edificio de Control.

—¿Habrá más muertes? —interesó Kreigh.

—Eso pienso… Pero no perdamos el tiempo en tales cosas, a nada conduce el divagar. En realidad, no nos compete juzgar los sucesos ni aventurar opiniones. Nuestra misión consiste en cumplir las órdenes que recibimos, sean cuales fueren. ¡Y nadie va a pararnos! Vayamos a lo que interesa.

—Usted manda, capitán.

—¡Bien! Todo quedará de esta forma, por el momento: el teniente Collings me acompañará esta noche a determinado lugar, donde esperaremos la mañana para ir hasta Control… a recoger el millón de dólares que le exigí al general Hampthom. Usted, Welley, espíe los alrededores y trate de descubrir si alguien ha cometido la imperdonable idea de seguirnos. Kirk permanecerá fuera del edificio, atento a cualquier novedad que pudiera llegar a producirse. Y en cuanto a usted, Kreigh, no se moverá de aquí dentro. Quiero estar seguro de que no habrá el menor fallo. Los tres saben muy bien cómo actuar en el caso de que se produzca un error por parte de Control, ¿conforme?

Los tres hombres asintieron silenciosamente. Y el capitán Sledge concluyó:

—Todo cuanto necesitan lo encontrarán aquí dentro: comida, bebida y dónde dormir, si se sienten atrapados por el sueño. Si sucediera esto último, pónganse de acuerdo y traten de turnarse, no quiero que nadie pueda sorprenderles de algún modo impensado.

—¿No acudirá nadie al trabajo de este almacén? —preguntó Kreigh.

Sledge negó con la cabeza, al tiempo que sonreía con maligna astucia.

—Quien nos ordena, Kreigh, ya se ha preocupado de eso. Este almacén es de su propiedad ahora. Todas estas cajas que parecen manufacturadas no contienen más que armas. La maquinaria es sólo un depósito circunstancial… y el resto son alimentos que apenas suman un valor apreciable. Es todo… camuflaje, ¿me entienden?

—Sí, capitán.

—Es nuestro cuartel general, en una palabra. Y desde aquí operaremos siempre, de acuerdo con lo que se nos ordene.

No se habló más.

El capitán Sledge y el teniente Collings abandonaron el solitario

almacén en el automóvil incautado a Control. La puerta se cerró a sus espaldas, dejando fuera también a Welley y a Kirk y quedando solamente Peter Kreigh en el interior.

Todo tal y como el capitán Sledge había ordenado…

* * *

Transcurrió largo rato, antes de que el capitán Oscar Wayne se formara un plan de operaciones.

Aparte de considerar los lamentables asesinatos de Lon Obernich y el mayor Stephen, calculó las sorprendentes pretensiones de aquellos hombres —no hacía mucho compañeros y amigos suyos todos ellos— y lo insospechado de sus propósitos.

John había dicho que él y el teniente Collings acudirían a Control a primera hora de la mañana para recibir de manos del general Hampthom la nada despreciable cantidad de un millón de dólares.

Chantajeaban a Control con la amenaza que llevaban incorporada a su corazón y a su cerebro. ¿Y qué uso pensaban darle a ese dinero?

Bueno, tal vez estuviera justificado en sus futuros trabajos para reunir pruebas materiales por medios fáciles, de nuestro planeta, y conducirlas luego al punto galáctico donde la extraña voz del extraño mundo que había logrado «poseerles» pudiera comprobar hasta qué punto la Tierra podía interesar a un sospechoso proyecto de emigración… lo que pondría en mayor amenaza la raza humana.

Pero Oscar había captado algo más en las palabras de su antiguo mejor amigo. John había dado a entender que había alguien que ordenaba, alguien que estaba también en la Tierra y que hacía de intermediario entre la voluntad galáctica y el obligado vasallaje de los astronautas.

Su propósito ahora consistiría en anular de algún modo a Peter Kreigh y descubrir luego dónde se ocultaba la extraña caja que contenía el amenazador mal capaz de destruir el mundo.

Lo primero no iba a ser demasiado difícil, sólo con que la suerte le ayudase un poco. Pero ¿hasta qué punto sería el «poseído» sensible al mandato de la droga?

No dudó más…

Había visto a Kreigh deambulando por el almacén, observando despreocupadamente todas aquellas cajas y demás materiales cuidadosamente almacenados.

Se deslizó escaleras abajo, hasta situarse junto a una de las filas de cajas, siguiendo los pasos de Kreigh sin asomar una sola pulgada de cuerpo.

Su mano sostenía la pistola especial y sus ojos esperaban el momento de aprobar la distancia de aquel cuerpo para emplearla.

Kreigh siguió moviéndose acá y allá como quien hace algo para matar de algún modo el tiempo, sin deseo de ninguna otra cosa.

Fue al doblar una de las paredes formadas por las enormes cajas cuando sintió aquel ligero pinchazo en el cuello y un escozor que le llevó a gruñir y a frotarse la parte dolorida.

Era como si un insecto rabioso le hubiese clavado su urente púa y hubiera deseado aplastar al pequeño monstruo contra su piel.

Dejó de pensar en ello y prosiguió su camino. Pero apenas anduvo media docena de pasos, se desplomó en el suelo privado del conocimiento, sin que ello afectara para nada las funciones de su corazón y de su cerebro, como si estuviera dormido.

En realidad así era: estaba dormido… artificialmente.

Oscar salió de su escondrijo, guardando la pistola. Y se dio buena prisa en cargar con el cuerpo de Kreigh sobre sus hombros y subir con él escaleras arriba, hasta la tercera planta.

Una vez allí, acostó el cuerpo del técnico entre unos sacos y procedió a examinarlo.

Su disparo —una diminuta ampolla de un material soluble, con una droga en experimentación— había ido directamente al cuello del hombre surtiendo el efecto esperado.

De lo que Oscar ya no estaba seguro era de que los efectos posteriores de la droga condujesen a Kreigh a responder correctamente a sus preguntas, como ocurría con el «suero de la verdad».

Frotó las muñecas y las sienes del dormido y empezó a llamarlo por su nombre:

—Kreigh…, Kreigh…, ¿me escucha, Kreigh…?

El técnico se removió entre los sacos, como si una extraña fuerza le apoderara, obligándole fuera de aquel sueño artificial. Y después de unas cuantas incoherencias empezó a responder a las palabras de

Oscar obligado por la droga:

—Sí…, le escucho…

—Soy su amigo, Kreigh. Lo entiende, ¿verdad?

—Sí…, lo entiendo.

—Bien, Kreigh, ahora présteme atención… y responda a lo que voy a preguntarle: ¿dónde ocultan la pequeña caja metálica que les entregaron en su último viaje?

—¿La… caja?

—Sí, Kreigh… la caja que contiene el maldito espécimen.

Sucedió un instante de silencio. Parecía que todo pararía allí, que algo superior negaba a la dormida voluntad del hombre el decir nada sobre lo que se le pedía.

Pero no fue así, y respondió:

—Está escondida bajo una de las losas del piso, en la inferior del almacén.

—¿Cómo puedo saber qué losa es? Dígamelo, Kreigh…

—En uno de los ángulos, junto al montacargas de la izquierda.

—¡Muy bien, Kreigh! Le estoy muy agradecido. Ahora dígame: ¿qué persona es la que ejerce control sobre usted y sus compañeros aquí en la Tierra?

Kreigh se estremeció, estirándose y retorciéndose, sudando y gimiendo extrañamente, como si la pregunta de Oscar hubiera sido un cuchillo metiéndose en su cerebro.

De pronto se quedó completamente quieto, sin apenas respiración… como sumergido en una superior inconsciencia de la que sería muy difícil volver a arrancarle.

Oscar comprendió que la orden impresa en el cerebro de Kreigh por medios insospechados se había hecho fuerte a su última pregunta, repeliéndola como una pared a una pelota de goma y produciendo en el hombre el rudo efecto del choque.

La droga había surtido efecto, hasta donde alcanzaba la entrega del hombre; pero no había podido vencer ni penetrar en el «blindaje» impreso de aquella otra fuerza que dominaba y dependiente de un mandato superior.

Oscar comprendió que no podía insistir sin provocar cualquier efecto lamentable, aparte de que entendía que el medio de la droga se hacía limitado a todo fin, y decidió olvidarse de Kreigh para seguir adelante con su plan.

Sabía eso sí, que Kreigh no volvería en sí en unas cuantas horas, las suficientes quizá, si lograba culminar los eslabones siguientes de la cadena mentalmente proyectada.

Y los dos eslabones siguientes eran Kirk Sampson y Albert Welley…

CAPÍTULO VIII

Siguiendo las instrucciones del capitán Sledge, Albert Welley empezó a pasear por aquellos alrededores, espiando, cada edificio, cada objeto… por si algo era contrario a ellos.

No tardó en descubrir el automóvil de Oscar Wayne. Éste lo había dejado cerrado. Sin embargo, y aunque no era un objeto extraño ni demasiado sospechoso, Welley desistió de confiar y volvió sobre sus pasos hasta donde se hallaba su compañero, a la entrada del almacén.

—¿Qué ocurre, Albert? —se sorprendió Kirk de verlo regresar tan pronto.

—Hay un coche estacionado cerca de aquí, en aquel callejón. Me da mala espina. ¿Has notado algo extraño tú por aquí?

—No, todo sigue tan normal. ¿Te importa quedar un instante en mi puesto mientras yo veo ese auto?

—Ve —accedió Welley.

Transcurrieron algunos minutos antes de que Kirk regresase, conviniendo con la sospecha de su compañero:

—Tenías razón, Albert. Ese coche no parece estar ahí por casualidad.

—¿Qué podemos hacer?

—No lo sé… Advertiremos a Kreigh que mantenga los ojos bien abiertos. Y nosotros estaremos vigilantes no sea que alguien trate de sorprendernos.

—¿Forzaste el auto?

—¿Para qué?

—Para conocer el nombre del dueño. Tal vez eso nos aclare alguna cosa.

—Tienes razón. Bien, advertiremos a Kreigh y luego iremos ambos hasta el auto.

Había un amplio postigo en la gran puerta de entrada. Kirk lo abrió y ambos entraron en el almacén.

—¡Kreigh! —llamó Welley.

No obtuvo contestación y Kirk pareció molestarse:

—¿Dónde se habrá metido ese estúpido?

—Tal vez esté en una de las plantas de arriba.

—¡O dormido en cualquier rincón!

—Bueno, no te pongas nervioso.

—¡Kreigh…!

Dos chasquidos, como el cortar del aire por algún objeto muy agudo, precedieron a dos gruñidos simultáneos, de Kirk y Welley.

Ambos hubieran jurado que un insecto había venido a picarles en la cara a los dos, abofeteándose a sí mismos.

—¿Qué diablos es esto, Kirk?

—¿Y a mí me lo preguntas? Tal vez haya algo podrido en este maldito lugar… y… algún… insecto…

Cuando Kirk cerró los ojos y empezó a doblarse, ya los párpados de Welley se habían hecho losas, cayendo al suelo casi a un mismo tiempo y cruzándose sobre el piso.

Ambos estaban fuera de mundo, sumidos en la fuerza de un sueño que los mantendría inconscientes durante varias horas.

De entre aquellos sacos que se apilaban junto a la entrada, surgió Oscar todavía con su pistola de cápsulas-drogas en la mano, y contempló satisfecho a los hombres. Ni ellos ni Kreigh serían un obstáculo en sus siguientes pasos.

Primero a uno y luego a otro, los arrastró hasta introducirlos en uno de los montacargas, por el momento fuera de toda vista.

Kirk tenía en uno de sus bolsillos la llave del postigo. Se hizo con ella. Luego fue hacia el montacargas extremo y estudió un instante las losas del suelo.

No tardó en descubrir que las junturas, una de ellas carecía de cemento. Introdujo en una de dichas junturas una hoja de hierro que estaba apoyada cerca del montacargas y logró extraer la losa.

En el hueco, libre de todo cuidado, estaba la extraña caja metálica que encerraba la muerte para cualquier mundo imaginado, especialmente la Tierra, la directamente amenazada.

La sacó del fondo y la observó detenidamente. Más que una caja parecía un bloque compacto de un metal muy poco pesado. Quizá resultara interesante analizar dicho metal y también lo que guardaba en su interior, por medio de rayos penetrantes.

Pero Oscar comprendió que no podía salirse de su propio plan. Estaba operando contra toda voluntad, muy arriesgadamente, y tal vez ello supusiera el verse coartado y negado por el mismo Control.

Decidió seguir adelante con su plan. Fue hacia el teléfono que estaba encima de la mesa. Hizo tres llamadas rápidas y habló con tres personas distintas.

Luego, con la extraña caja terrorífica en las manos, abandonó el almacén cerrando el postigo —debía evitar que cualquier ladrón furtivo penetrase allí—, llegó hasta su coche… Un minuto más tarde desaparecería a toda velocidad, hacia un lugar próximo a la base.

* * *

Louis Kurth, Ben Cowell y Rock Sams escucharon atenta y sobrecogidamente el sorprendente relato de su jefe, el capitán Oscar Wayne.

Éste los había citado en un lugar próximo a la base espacial y les había puesto en conocimiento de cuanto estaba sucediendo, mostrándoles finalmente la extraña caja y advirtiéndoles de su plan inmediato. Terminó:

—Ya saben todo lo que deseaba explicarles. Ahora de lo que se trata es de tomar una decisión rápida y segura.

—Pero, capitán, ¿cuál es la idea? —preguntó Cowell.

—Abordar la astronave «Estrella Polar» y llevar esta maldita caja a cualquier mundo lo más lejos posible de nuestro sistema solar.

—No es una mala idea —murmuró Rock Sams—. Resulta sumamente arriesgado todo, pero podemos conjurar el peligro de ese horrible espécimen.

—Ése es el propósito —asintió Oscar—. Salvaríamos nuestro planeta.

—¿Qué ocurriría si el capitán Sledge y el teniente Collings se aperciben de lo que está sucediendo?

—Sería nuestro fin, señores. Nos habríamos sacrificado por algo muy digno: la supervivencia de nuestro mundo. Siempre, claro está,

que eso sucediera lo más lejos posible de nuestra atmósfera… y antes de haber abandonado la caja en cualquier recóndito mundo. Ya conocen el riesgo; sólo tienen que aceptar o renunciar.

—Cuente conmigo, capitán —se ofreció Ben Cowell.

—Y conmigo —se sumó Rock Sams.

—¿Qué dice usted, Kurth? —preguntó Oscar a su inmediato en mando.

—Estoy de acuerdo. Pero dígame una cosa…

—¿Sí?

—¿Cómo abordaremos la «Estrella Polar»? Forzosamente tiene que estar vigilada.

—Desde luego, y a pesar de que el capitán Sledge y sus hombres la consideran incautada, sin que Control haya podido negarse a semejante imposición, no será todo lo fácil que quisiéramos. Pero tenemos a nuestro favor el grado de astronautas con acceso a la base.

—¿Qué más?

—Una vez en la base, nos dirigiremos a la nave y trataremos de sorprender a los guardias. Ya dentro, dueños de la nave, partiremos de inmediato y comunicaremos por radio con el general Hampthom. Le informaré de nuestro propósito… y no harán nada por impedir nuestro viaje, tanto si les agrada como si no.

—¿Sabe qué sucederá a nuestro regreso, si conseguimos volver?

—Sí, Kurth: el mando de Control recusará nuestro proceder y todos nosotros seremos inmediatamente destituidos. Pero hay una cosa que nos compensará después de todo… y es que el mundo nos quedará eternamente agradecidos por lo que hemos hecho.

—Eso es cierto…

—Bien, no podemos dilatar más tiempo. ¿De acuerdo para la acción?

La respuesta se hizo unánime:

—¡De acuerdo!

Un minuto más tarde, los cuatro hombres se dirigían hacia la base en el auto del capitán Oscar Wayne…

* * *

El acceso a la base no era problema alguno. El capitán Wayne

llevaba escondida la terrible caja metálica.

Salvaron a pie las líneas del campo y se encaminaron directamente hacia la nave.

Había cuatro hombres custodiando a la «Estrella Polar» con órdenes muy concretas. No se alteraron ni pusieron desconfianza alguna cuando el capitán Wayne y los tres hombres se acercaron, pues eran sobradamente conocidos de los guardianes.

Pero los detuvieron cuando se acercaban a la rampa de la nave:

—Capitán Wayne, tenemos órdenes de no dejar acercarse a nadie a la nave.

—Hola, sargento Smith. Conozco esas órdenes.

—Usted sabe, señor…

—Sé que nadie que no sean el capitán Sledge y los hombres de su equipo, puede entrar en la nave. Pero yo cumplo órdenes del general Hampthom.

—¿Qué clase de órdenes, señor?

—Inspeccionar la nave.

—Nadie me lo ha comunicado. Llamaré al control de la base…

—Hágalo.

El sargento se volvió para dirigirse a uno de sus hombres, quizá con intención de ordenarle algo; pero ya Oscar había cruzado con sus hombres una mirada pedía acción… y cuatro pistolas especiales dispararon a un mismo tiempo.

Fueron unos segundos en los que el sargento Smith y sus hombres estuvieron a punto de responder con sus ligeras metralletas; pero el sueño vino a vencerles, por efecto de la droga que había traspasado su piel… y se derrumbaron en el suelo inconscientes.

—Vamos, retiraremos sus cuerpos, rápido —ordenó Oscar.

Fueron arrastrados hasta debajo de una de las rampas y luego penetraron en la nave cerrando interiormente la escotilla y vistiéndose allí mismo los trajes espaciales.

Al final, Oscar se volvió hacia sus hombres —que habían ocupado cada uno de ellos el lugar correspondiente a sus funciones (la nave «Estrella Polar» no se diferenciaba en absoluto de la astronave «Tarántula», que mandaba el capitán Wayne con aquellos mismos hombres)—, preguntándoles:

—¿Listos?

—Cuando disponga, capitán —asintió Louis Kurth.
—Todo a punto —afirmó Ben Cowell.
—Listo —concluyó Rock Sams.
—¡Partimos, pues! Y que Dios nos ayude…

* * *

El personal en servicio de la base se mostró extrañamente sorprendido al ver cómo se encendían los motores de la astronave «Estrella Polar», cómo el fuego hacía sol en las toberas… y la nave se elevaba con el clásico zumbido de siempre.

Tras unos segundos de confusión, alguien tuvo la buena ocurrencia de telefonear a Control… y el general Hampthom maldijo por todo lo alto a los locos que habían llevado a cabo tal hecho.

Cuando llegó a la base desde Control, a toda velocidad que podía desarrollar su auto, fue informado por el jefe de la base que el sargento Smith y los tres guardas apostados habían sido sorprendidos y dormidos de algún modo especial.

Un modo especial que resultó conocido para el general Hampthom… y que se explicó rápidamente, cuando dos de los guardas de entrada comunicaron que habían visto al capitán Oscar Wayne y a tres de los hombres de su equipo —dieron los nombres de todos ellos— llegar a la base pocos minutos antes de que la «Estrella Polar» despegara.

—Pero… ¿qué diablos se habrán propuesto hacer esos locos? —bramó el general—. ¿Pueden comunicar con la nave?

—Sí… si ellos se deciden a contestar, señor.

—Hágalo.

Durante largo rato, se estuvo intentando conseguir una respuesta de la nave, sin resultado.

—No responden, señor.

—¡Insista!

Todo fue inútil. Parecía que el capitán Wayne y sus hombres evitaban explicar su conducta, en tanto se alejaban a velocidad indescriptible.

Una hora antes de comenzar a amanecer, la nave buscó por sí misma comunicar con el control de la base.

Todo pareció electrizarse.

—¡Aquí control, aquí control! Escuchamos, «Estrella Polar», ¡hablen!

Respondió la conocida voz del capitán Wayne:

—Perfectamente, teniente Astings. ¿Continúa en la base el general Hampthom?

—Sí...

—¡Aquí estoy! —atronó el general, adelantándose a la respuesta del teniente— . ¡Y espero que esta locura de ustedes tenga una inmediata justificación, por todos los diablos! ¿Acaso se han vuelto locos?

—No, mi general…

—¿Por qué no respondieron a las primeras llamadas?

—Para evitarles mayores temores y que no intentasen persuadirnos de lo que vamos a realizar.

—¡Es usted otro chiflado, capitán!

—Sí, señor. Pero preste atención a lo que voy a decirle…

—¡Hable!

—Llevamos con nosotros la caja metálica que constituía la amenaza del capitán Sledge y sus hombres…

—¡Qué! ¿Es eso cierto?

—Completamente cierto, señor. Escuche…

Oscar informó al general de cuanto había llevado a cabo, desde que siguiera al capitán Sledge hasta el solitario almacén, poniendo fuera de juego a Kreigh, a Kirk y a Welley, hasta el momento en que habían arrancado de la Tierra con la extraña caja para dejarla en cualquier mundo de más allá de las lindes de nuestro sistema solar.

—Eso es todo, señor. Responderé de todos mis actos cuando regrese a la Tierra… si es que algo no nos «devora» aquí arriba.

El rostro del general Hampthom había cambiado de expresión. Ya no había aquel rasgo de acentuado temor que le responsabilizaba tan directamente con la vida de todos sus semejantes y del planeta Tierra. Había un punto de esperanza.

—Capitán Wayne.

—Diga, señor.

—Trate de alcanzar su objetivo y regresar. Los hombres como usted nos hacen mucha falta.

—Lo intentaremos, mi general.

—Y otra cosa…

—Le escuchamos.

—¡Gracias!

El general abandonó la base con la misma prisa que había llegado y se dirigió a toda prisa a Control.

Sabía que no pasaría demasiado tiempo sin que el capitán Sledge se presentase allí para tomar el millón de dólares exigido… Y ya él se había formado un plan a seguir que anularía el mayor peligro, o quizá todo el peligro, si la única cosa a realizar le salía sólo la mitad de bien que al capitán Oscar Wayne…

CAPÍTULO IX

Había amanecido, cuando el automóvil de Control incautado por el capitán Sledge se detuvo ante el gran edificio clave de una de las principales defensas del Gobierno.

De él descendieron el propio capitán Sledge y el teniente Collings, ascendiendo los amplios peldaños que conducían a la puerta de entrada del edificio.

Desde una de las ventanas, tras los cristales, el general Hampthom contempló silencioso la llegada de ambos hombres.

Se volvió lentamente, anunciando:

—Ya están ahí, señores.

Sentados junto a la gran mesa, el coronel Building y el doctor Fremont esperaban igualmente graves.

Encima de la mesa estaba un lujoso maletín cerrado.

—¿Entregará el dinero, señor? —preguntó el doctor Fremont.

—Sí. Usted mismo sabe por qué, doctor. ¿O acaso sugiere otra cosa?

—No…, claro.

Transcurrieron unos instantes en silencio, hasta que sonó una llamada en la puerta.

—¡Adelante!

La puerta se abrió, apareciendo uno de los agentes de Control.

—Señor, el capitán Sledge y el teniente Collings ya están aquí.

—Hágalos pasar.

Aparecieron los dos astronautas sonriendo falsa y desdeñosamente. Sledge avanzó hasta la mesa, mirando fijamente al general, mientras el teniente quedaba a mitad de trayecto, vigilando con la mirada al coronel Building y al doctor Clark Fremont.

—Hola, general…

El tono de Sledge no podía ser menos respetuoso.

—Le esperaba, capitán.

—Lo sé. Jamás querría correr un riesgo tan grave como el que les amenaza. No dudaba que usted obraría con el mejor de los sentidos.

—Pensé que las torpezas de Lon Obernich y el mayor Stephen no debían ser una repetición por mi parte.

—A eso le llama sensatez, qué duda cabe. Y ahora… ¿tiene usted el dinero?

—¿Qué sucedería si le respondiera negativamente?

—Usted lo sabe… Todo habría terminado aquí.

—¿Aun a costa de destruir un planeta…, que puede ser la solución para los seres que lo gobiernan y a sus hombres?

—General, yo sólo soy un intermediario, entiéndalo. No estoy en situación de hacer conjeturas, sino de obedecer cuanto se me ha ordenado.

—Y se le ha ordenado…

—Obrar de inmediato contra la vida humana, si advierto el menor síntoma negativo en quienes tienen la necesidad de mostrarse obligados. Doctor Fremont.

—Diga, capitán.

—¿Ha olvidado usted de algún detalle que le permita dudar al general?

—No, capitán.

—Entonces ya está dicho todo, general. ¿Tiene el dinero?

Hampthom respiró hondo, aparentando obligada resignación, y fue hacia el maletín que descansaba sobre la mesa. Lo abrió, mostrando su contenido: un buen número de fajos de billetes de a mil dólares todos ellos debidamente colocados.

—¿Desea contarlos, capitán Sledge?

—No, general. Tengo la seguridad de que suman la cifra señalada. Sería absurdo el tratar de sustraer unos billetes que pondrían en igual dificultad su situación.

—Bien, ahí lo tiene. Jamás pensé que pudiera suceder una cosa semejante; pero… las circunstancias no pueden ser más imperiosas.

—Sigue siendo sensato, general…—volvió a sonreír Sledge.

Acto seguido cerró el maletín del dinero, lo tomó por el asa, dio

los buenos días y se volvió abandonando el despacho, seguido del teniente Collings.

Escucharon los pasos de ambos hombres alejándose en el pasillo exterior. Sólo el general sabía lo que habría de suceder…

Y esto sucedió.

Los pasos se detuvieron a mitad del pasillo, después de escucharse un par de chasquidos y dos gruñidos de molestia. Luego, la caída de dos cuerpos pesadamente.

—¿Qué ha sido eso? —se alarmó el coronel Building.

También el doctor Fremont demostró gravedad.

—Cálmense, señores —sonrió el general—, y aguarden.

Instantes más tarde aparecieron en la entrada del despacho varios agentes de Control con los cuerpos inconscientes del capitán Sledge y el teniente Collings.

La preocupación del doctor Fremont se hizo sobresalto; palidecido, mirando al general Hampthom.

—General…, ¿qué locura es ésta?

—Cálmese, doctor. No están muertos.

—Pero…

—Dos de nuestros agentes les dispararon la droga sin que ellos lo advirtieran… y ahora están totalmente dormidos, ajenos a toda voluntad.

—¿Qué ocurrirá cuando se despierten, señor?

—Eso sucederá cuando nosotros lo creamos oportuno. Y para entonces, habrán ocurrido muchas cosas.

—¿No piensa que Welley, Kirk y Kreigh puedan estar esperándolos, de acuerdo con algún plan, y que al no regresar…?

—No se torture, doctor. Albert Welley, Kirk Sampson y Peter Kreigh están siendo sometidos a tratamiento y estudio.

La sorpresa del doctor Fremont se hizo aún mayor.

—¿Cómo es eso?

—Sabíamos dónde estaban y los sorprendimos antes de que al capitán Sledge y al teniente Collings.

—¿Y… la extraña caja?

—De todo eso hablaremos luego, doctor. Ahora es preciso que vayamos al laboratorio. Conduzcan a estos dos hombres con los otros —ordenó el general a los agentes—. ¿Me acompañan, doctor, coronel?

Los dos hombres, todavía bajo los efectos de la sorpresa, asintieron y acompañaron al general fuera de su despacho, mientras varios de los agentes se ocupaban de cargar con los cuerpos de Sledge y Collings… sin olvidar el lujoso maletín con el millón de dólares en billetes de banco.

* * *

El doctor Larken, de Control, mostró diez radiografías al general Hampthom: dos de cada uno de aquellos hombres.

Las cinco primeras hacían referencia al corazón, destacando en un punto señalado de cada una de ellas la presencia de un cuerpo extraño de diminuto tamaño, fijo en uno de los ventrículos.

—¿Cómo es posible, doctor Larken? —inquirió el general.

—Sólo puedo decirle que es un trabajo maravilloso y sin precedentes, señor.

—¿Puede ser un transmisor?

—Puede ser.

Intervino el doctor Fremont:

—Ya les expliqué ese punto con todo detalle, general Hampthom.

—Doctor Fremont, no debe ofenderse. Era preciso confirmar sus palabras, no porque dudásemos de su relato, sino para cerciorarnos y saber a qué atenernos.

—Entiendo.

—En cuanto a estas otras radiografías, doctor Larken…

—Se aprecia igualmente un cuerpo extraño con aparente dominio sobre el cerebro.

—¿Un transmisor?

—Tal parece. Y ello viene a confirmar igualmente las palabras de mi colega, el doctor Fremont.

—¡Bien, bien!…

—¿Qué se propone hacer, señor? —le miró el doctor Fremont, todavía asustado.

—Necesito conocer la opinión de ustedes dos respecto a algo que quisiera considerar factible.

—Usted dirá.

—¿Qué posibilidades hay de operar a estos hombres y

arrancarles esos transmisores para neutralizarlos?

—¡Eso es imposible! —negó Fremont.

—¿Por qué, doctor?

—La «no función» de dichos transmisores obedece a la normal función de cerebro y corazón de cada uno de estos hombres. Si los arrancara de su sitio… sobrevendría lo inevitable, ya que entrarían en función inmediata y directa sobre la terrible caja que nos amenaza.

—Es una buena razón —meditó el general—. Pero… ¿y si pudiéramos realizar una operación de «trasvase»?

—No le entiendo, señor.

—Los latidos de un corazón humano no difieren en cierto sentido de los de simio, ni tampoco su cerebro presentaría superiores peligros, ya que dudo mucho que un mono pudiera tener pensamientos de autodestrucción. ¿Me comprenden?

—¡Eso sería una solución! —exclamó el doctor Larken.

Pero Fremont no compartió ni poco ni mucho su entusiasmo, objetando con natural conocimiento:

—Lamento no compartir su opinión, doctor Larken. Usted sabe mejor que nadie que existiría un tiempo en cada «trasvase» de cada una de las seis operaciones a realizar: el menor error de tiempo, el menor contratiempo de uno de esos «trasvases»… y se produciría el terrible desenlace.

—Admito que es extraordinariamente delicado, mi querido colega. Pero pienso como el general Hampthom que algo ha de hacerse… y cuanto antes mejor.

—Yo jamás me comprometería a llevar a cabo ninguna de esas operaciones. ¿Acaso usted sí?

—Sí, siempre que se me ordene hacerlo.

Hubo un instante de silencio. Parecía flotar en el aire la gravedad de una amenaza que sólo al general Hampthom mantenía fuera de preocupación. Y es que también él obraba de acuerdo con un plan preconcebido.

A tal efecto, respondió:

—Está bien, señores. Teniendo en cuenta la visión de ambos, creo que lo más aconsejable por el momento es esperar. Trataremos de localizar esa terrible caja para ponerla fuera del alcance de nuestro planeta, donde no importa que se abra y eche fuera su

mortífero contenido. Si no lo lográsemos… tendríamos que recurrir a esas operaciones y yo mismo me encargaría de darle esa orden, doctor Larken.

—Suya es la decisión, general.

—Sí… Entre tanto, procure mantener a estos cinco hombres en estado de inconsciencia. No deben volver en sí bajo ningún concepto. Posee drogas suficientes para mantenerlos dormidos.

—Descuide, señor.

—Permanecerá usted en este laboratorio, sin salir de él para nada. Se tomarán las medidas precisas de seguridad. Sé que es una gran molestia para usted; pero…

—No tiene que preocuparse por eso, general Hampthom. No es la primera vez que paso varios días aquí encerrado… y tampoco creo que sea ésta la última, seguro —sonrió Larken.

—No sabe cuánto se lo agradezco, doctor. En cuanto a usted, Fremont, haré que varios agentes de Control le conduzcan a su domicilio y permanezcan allí vigilando la casa.

—¿Acaso existe algún peligro, después de anular a esos cinco hombres?

—Lo hay. Tengo la impresión de que hay alguien más incluido en estos preliminares del drama.

—¿Ha dicho… alguien más?

—Así es. Sabemos que el mayor Stephen fue arrollado por un auto en la calle. Cualquiera de estos hombros pudo hacerlo, a excepción del capitán Sledge, que habló por teléfono desde su casa a los pocos segundos de producirse el accidente. Pero con respecto al asesinato del señor Obernich…

—¿Sí?

—Sucedió en uno de los despachos de Control. Ninguno de estos hombres había entrado ni salido en este edificio… y ello nos hace sospechar que ese «alguien» obró directamente por mandato quizá del propio Sledge.

—Pero Sledge está dormido ahora…

—No lo está esa sexta persona a quien me estoy refiriendo, ese otro «alguien» que me preocupa. Y me disgustaría saber que la próxima víctima podría ser usted o el doctor Larken. Es por eso que se tomarán las correspondientes medidas de seguridad para ambos.

—Comprendo. Y le agradezco la molestia, señor.

* * *

Aquel mismo día, al oscurecer, la figura de un hombre se escurría cerca de los edificios próximos al retirado almacén. Iba vestido con ropas de cargador de muelle y ocultaba gran parte de sus rasgos físicos tras una gran barba, un gran bigote falsos y bajo una gorra de tela sucia.

Fingiendo estar ebrio, con una botella mediada de whisky en la mano izquierda y un cigarrillo en la derecha, pasó por una de las sucias callejas próximas al almacén.

Por encima de su fingimiento, sus agudos ojos descubrieron un nutrido grupo de guardias y varios agentes de Control custodiando el edificio. Varios vehículos magníficamente equipados bloqueaban la calle desde el centro hasta la mitad del fondo.

Vio acercarse a uno de los guardas, después de que él y un agente habían reparado en su presencia.

—¡Eh, amigo! Está prohibido transitar por esta calle.

Imitando voz gangosa y una embriaguez que en realidad no sentía, el hombre respondió:

—¡Ja! ¿Y quién lo prohíbe?

—Agentes del Gobierno. Mejor se va a continuar la «mona» a cualquier otro sitio.

—Conque agentes del Gobierno, ¿eh? No me diga que piensan montar aquí su cuartel general…, ¡ja, ja, ja!…

—Vamos, vamos, amigo, no nos distraiga y váyase de aquí.

—¡Está bien! Pensaba que cualquier lugar era bueno y transitable para un ciudadano pacífico…, pero ya veo que ni siquiera estas malditas callejas permiten a uno moverse con libertad.

Se alejó refunfuñando, hasta que giró al fondo de una de las esquinas próximas.

Entonces, como descansando de su gran esfuerzo y de lo expuesto de su papel, aplastó la espalda contra la pared y quedó unos segundos en absoluta inmovilidad, hasta recuperar el ánimo.

Pensó entonces en lo que más le convenía. Y con una mueca terrible, se alejó a buen paso, desapareciendo en las calles inmediatas.

Minutos más tarde, después de haber dejado muy atrás el lugar donde se alzaba el almacén, entraba en una cabina telefónica y marcaba un número conocido: el de Control.

Le respondió una voz al otro lado del hilo telefónico:

—Control de Seguridad, diga.

—Oiga, necesito hablar con el general Hampthom de inmediato.

—¿Quién le llama?

—¡Eso sólo al general le importa! Es asunto relacionado con el caso «Estrella Polar».

—Bien…, aguarde un momento.

—¡No puedo esperar!

—Pero es que el general Hampthom no se halla aquí en estos momentos.

—Localícele donde sea y comuníqueme con él; pero hágalo pronto, pues no pienso aguardar más allá de un par de minutos. La responsabilidad luego será suya, amigo.

—Aguarde…

Transcurrieron los segundos con cierta angustia para el desconocido, que temía ser atrapado en aquella cabina. Conocía los métodos del Servicio y no ignoraba que pronto localizarían el lugar desde donde había llamado. Confiaba en que se pusiera el general y sus palabras sirvieran no solamente para intimidarle, sino también para coartar cualquier propósito de apresarle.

El general fue localizado en la base espacial, de modo que pudo comunicar con el extraño hombre a través del Servicio de Control:

—Dígame.

—Acabo de reconocer su voz, general Hampthom…

—¿Quién me habla?

—No haga preguntas y escúcheme atentamente: tengo poder sobre los cinco hombres que tienen drogados en el laboratorio de Control. Si en un par de horas no han vuelto en sí y los dejan con libertad de movimientos… activaré los transmisores de sus cerebros provocando su inmediata destrucción… y ya conoce usted cuál será el resultado de todo ello.

—Se paralizarán los corazones y entrarán en función los transmisores que activarán la mortífera caja de los especímenes.

—Exactamente.

—¿Arriesgará usted su propia vida?

El general escuchó una risa gangosa, y luego la misma voz diciendo:

—No sea usted estúpido, general. Mi vida no vale nada, no pertenezco a su especie…, aunque haya adoptado figura humana. En mi mundo, el que ha elaborado este plan, la vida y la muerte tienen un significado muy distinto al de ustedes.

—¿Cómo ha llegado a nuestro mundo?

—En la nave «Estrella Polar». Soy el dueño de la voz que ha puesto en antecedentes al doctor Fremont para que ustedes colaborasen y no cometiesen el error de obstaculizarnos. Llegué de forma invisible… y luego me he hecho materia. Pero basta de detalles: cumpla lo que le he ordenado y cuídense bien de no volver a cometer otro solo error. Es mi último aviso.

—Oiga. ¡Oiga…!

El extraño hombre cortó la comunicación. Se sacó de la boca un artilugio de goma —expreso para desfigurar la voz— y abandonó la cabina a toda prisa, desapareciendo en una calle próxima justo en el instante en que varios autos de Control llegaban a dicho lugar, bloqueando inútilmente el lugar.

Sonrió nerviosamente y penetró en uno de los edificios próximos…

CAPÍTULO X

El general Hampthom se mantuvo unos instantes al lado del teléfono, en la base espacial, hasta que volvieron a llamar de Control:

—Señor, no ha habido éxito. Nuestros agentes llegaron a esa cabina pública cuando la persona ya había desaparecido.

—Me lo temía.

—¿Desea que se verifique un registro a fondo de ese área?

—No, teniente Hudson, ya no hace falta.

—¿Alguna otra orden?

—«Que redoblen la vigilancia del laboratorio. Nunca nos ha sido más preciosa que en estos instantes la vida del doctor Larken.

—Así se hará, señor.

Luego, el general Hampthom marcó otro número telefónico. Respondió una voz de mujer. Era la señora Fremont. El general le pidió que avisara a su esposo, el doctor Fremont, y medio minuto más tarde hablaba con éste:

—No sabe cuánto me alegra oír su voz, doctor Fremont.

—¿Ocurre algo, general?

—He recibido una extraña comunicación de ese «alguien» del cual les hablé a usted y al doctor Larken. Le aconsejo que no se mueva de su domicilio y que esté listo para cualquier contingencia. Ordenaré que doblen la vigilancia de su edificio.

—Como guste, general. ¿Qué pasará con ese… «alguien»?

—Nos ha dado dos horas de tiempo para despertar al capitán Sledge y sus hombres y no volver a cometer un solo error.

—Y… ¿piensa acceder?

—Eso me temo, doctor. No puedo arriesgar la vida de todo nuestro planeta a un proyecto que se muestra casi imposible. Creo que usted tenía razón.

—Siento mucho que haya de suceder de ese modo, pero… realmente no existen posibilidades de conjurar la amenaza.

—De cualquier modo, aún contamos con dos horas de tiempo para pensar.

—¡Ojalá encuentre usted una solución al caso! Sabe que me tiene a su entera disposición.

—Lo sé, doctor. Muchas gracias.

Cortada la comunicación, el general Hampthom volvió a cambiar de fisonomía. Daba gracias al cielo de que no hubiera salido de la base la noticia que hacía referencia al extraño e imprevisto despegue de la astronave «Estrella Polar».

—¿Cuál es la distancia alcanzada por la «Estrella Polar», teniente Astings?

El oficial de la base consultó uno de los aparatos de registro, respondiendo:

—Estarán fuera de nuestro sistema solar en un término de hora y cuarto o poco menos.

—Esperemos que en el resto de tiempo encuentren ese mundo apartado y sin vida para depositar en él la mortífera caja.

—¿Quiere que comuniquemos con ellos, señor?

—No, por el momento. Prefiero no inquietarles ni distraerles. Pero esté pendiente de cualquier llamada que nos hagan.

—Sí, señor…

* * *

Fue, efectivamente, al término de hora y cuarto cuando la nave «Estrella Polar» se comunicó con la base anunciando que habían traspuesto los linderos de nuestro sistema solar.

—¡Estupendo, capitán Wayne! —felicitó el general Hampthom —. Ahora apresúrense en encontrar cualquier mundo deshabitado para abandonar esa maldita caja.

—Es nuestro objetivo, señor. Aunque dudo mucho que sea antes de unas horas…

—¡Tiene que ser en menos de una hora, capitán!

—Pero eso es totalmente imposible, mi general. Usted sabe…

—No necesitan llegar a ese mundo, basta que arrojen la caja sobre él desde la nave.

—Mi general…, ¿qué está sucediendo allá abajo?

—Tenemos al capitán Sledge y a sus cuatro hombres dormidos, tal y como usted ya sabe; pero pesa una nueva amenaza… y si fuera lo que me temo, el mundo no sufriría el menor riesgo, pero todos ustedes perecerían.

—Haremos cuanto esté a nuestro alcance, mi general. Pero si la cosa no resultase como usted espera, consideren que nosotros nos prestamos a este riesgo y que nuestro sacrificio ha sido voluntario. ¿Alguna otra cosa, señor?

—No, capitán. Sólo… ¡desearles mucha suerte!

—¡Gracias!

* * *

Navegando a velocidad cósmica, la nave «Estrella Polar» hacía pocos minutos que había abandonado el eje del sistema solar, adentrándose en uno de los inmediatos canales galácticos, tripulada por el capitán Wayne y sus hombres.

—Kurth…

—Diga, capitán.

—Tenemos que salirnos de canal en unos cuantos minutos y rastrear cualquier mundo deshabitado.

—¿No será arriesgarnos demasiado?

—Pienso que nuestro mayor riesgo es continuar con esta terrible caja en nuestro poder.

—Tiene razón.

—Una vez que hayamos logrado desprendernos de ella, trataremos de regresar a cualquiera de los canales de acceso a nuestro sistema. ¡Cowell!

—Diga capitán.

—Preocúpese de registrar el curso. No estará de más volver luego a comprobar los efectos de estos malditos especímenes. Creo que es lo que ordenará Control, aunque sólo sea para mantener la vigilancia de ese mundo…, si es que logramos nuestro objetivo.

—Trataré de fijar el curso en la computadora —asintió Cowell.

Entonces el capitán se volvió hacia el tercero de sus hombres:
—¿Control del reactor, Sams?
—Normal, capitán. No hay la menor alteración en el régimen de consumo, hasta el momento.
—Entonces, sólo cabe que nos confiemos a Dios y esperemos alcanzar cuanto antes nuestro objetivo. Sargento Kurth, siete minutos justos para abandonar el canal y fijar un rumbo de rastreo.
—De acuerdo, capitán…

* * *

La presencia del general Hampthom en el laboratorio de Control vino a sorprender al doctor Larken.
—¿Alguna contraorden, general Hampthom?
—Ninguna contraorden, doctor Larken, al contrario; prepárese para llevar a cabo las operaciones necesarias para «trasvasar» esos malditos transmisores.
—Eso llevará horas, señor…
—Lo sé. Pero no será el tiempo un impedimento.
—Bien. Prepararé los utensilios y le señalaré el personal con el que habré de operar.
—Hágalo.
—También vamos a necesitar cinco simios.
—Ya he contado con eso y he ordenado que eligieran los de mejor salud en el campo de experimentación de nuestro parque. Estarán aquí en unos cuantos minutos.
—Ya veo que está usted en todo, general —sonrió abiertamente el cirujano—. ¿Qué me dice del doctor Fremont?
—También estará aquí, presenciando su trabajo.
—¿Quiere decir… que le excluye de tales operaciones? Él sería la más valiosa ayuda que podría usted ofrecerme.
—Lo siento, doctor, pero tendrá que hacer usted todo el trabajo. El doctor Fremont… tiene sobradas razones para padecer una constante alteración de pulso, y estas operaciones, según creo entender, necesitan serenidad y precisión absolutas, ¿no es así?
—Lo es.
—En tal caso, no perdamos más tiempo. Regresaré a ese laboratorio en media hora.

—De acuerdo.

* * *

El doctor Fremont parecía un animal enjaulado. Paseaba de un lado a otro del despacho a grandes zancadas y, a intervalos, asomaba sus ojos al exterior, por las distintas ventanas, asaetando con su mirada a los agentes de control que acordonaban materialmente el edificio.

—Tienes que calmarte, Peter. Así sólo conseguirás que ellos se den cuenta… y te conduzcan a la cámara de gas.

—¡Cierra la boca, Úrsula!

—¡Vaya! ¿Ahora te irritas, pobre estúpido?

Úrsula Fremont, esposa del doctor, se estiró fuera del lecho y fue hasta una de las ventanas, mirando al través de los cristales. Encendió un cigarrillo y volvió a mirar a su esposo desdeñosamente. Cada vez entendía menos cómo había tenido la mala ocurrencia dé unir su vida a semejante ejemplar de hombre.

Era una mujer de cierta belleza, exuberante y de modales atrevidos, aunque con un brillo frío y calculador en sus ojos color de ala de cuervo.

—Hace un par de horas, cuando te advertí contra el general Hampthom, había allá fuera tres agentes vigilando— habló Úrsula —. Supiste evitarlos, pero en lugar de hacer lo que era aconsejable… tuviste la mala ocurrencia de visitar las inmediaciones del almacén y luego telefonear al general.

—Entendí que era lo aconsejable.

—¡Ya puedes ver el resultado! Los agentes se han multiplicado y ninguno de los dos podríamos salir de esta casa sin despertar sospechas o ser detenidos. ¡Han dado en el clavo!

—No sé de qué hablas.

—Puesto que tu cerebro se ha transformado en trastienda, trataré de aclararte las ideas, querido. Tu llamada desde esa cabina ha sido registrada y poco faltó para que te atrapasen en ella. El único hombre que acompañaba al capitán Sledge y al resto de la tripulación fuiste tú. El general no es hombre que acepte relatos invisibles, tal como has querido impresionarle. Y si ha atado cabos en este sentido, no cabe duda de que estos agentes responden a un

cerco más que a un propósito de vigilancia y auxilio. ¿Vas entendiendo? Nuestra casa está demasiado próxima a esa cabina y no le habrá sido difícil conjeturar quién se llegó hasta ella.

—El general me telefoneó…

—¡Claro! Para comprobar si estabas aquí. Fue una suerte en principio que hubieses llegado, pues en otro caso ya no tendría que dudar de tu culpabilidad. Pero así y todo, no le habrá resultado difícil pensar que la distancia de esa cabina a la casa pudo ser cubierta en muy corto tiempo, lo que te permitió responder a su llamada con un margen de escasos segundos.

—De cualquier modo, ¿qué pueden probar contra mí?

—Espera que se decidan a intervenir quirúrgicamente a tus cinco víctimas… y tendrán la más detallada versión de lo que puede llevar a cabo un buen cirujano… y también un estúpido delincuente.

—Me estás revolviendo las tripas, querida. Recuerda que la idea fue de ambos, o mejor, más tuya que mía. ¡Eres ambiciosa y no te resignabas a vivir fuera de tus acostumbrados lujos!

—Eso no te favorecerá en nada cuando te formen juicio, amor mío. Y la cámara de gas es rápida.

—¡Cállate!

—¿Lo ves? Estás aterrado, sudas como una criatura asustada. Y todo porque has fallado en lo más esencial.

—¿A qué te refieres?

—Subestimaste demasiado a tus superiores, le diste absoluta libertad a unos hombres controlados… y no se te ocurrió pensar en algo tan simple como el efecto de una droga. Tu relato del «terror galáctico» surtió efecto, el deseado; pero omitiste ampliar las funciones de esos transmisores en un caso como el que ahora te ha desarmado de poder. Pudiste asustarles, meterles el miedo en el cuerpo y obligarles a cumplir con todas tus exigencias… ¡Pero en lugar de esto acusaste ciertas fisuras y sólo hay ahora un medio de enmendar tu error!

—¿Cuál?

—Ingeniártelas para llegar hasta Control, asesinar al general Hampthom y al doctor Larken y luego impresionar de algún modo al coronel Building para que despierte de, su sueño artificial al capitán Sledge y a los demás hombres.

—¡Imposible!

—¿Por qué imposible?

—Porque sabes que me vigilan, tú misma lo has dicho.

—Entonces, querido, sólo existe un medio de fuga.

—¿Y es?

—Descerrajándote un tiro en la cabeza. Tienes una hermosa pistola en uno de los cajones de tu despacho.

—¡Eres la más venenosa víbora que he conocido!

Úrsula sonrió despectiva y fue a tumbarse sobre las sábanas, tranquilamente.

—Haz lo que quieras. Es tu piel la que está en juego.

—¿La tuya no?

—No. ¿De qué habrían de acusarme?

—De complicidad.

—Aunque desearas llevarme contigo a los infiernos, Peter, no lo conseguirías. Has contado demasiadas historias falsas… y bastarían mis lágrimas para convencerles de tu mente perversa y de tus satánicas intenciones.

Las pupilas del doctor Fremont brillaron extrañamente, con toda la maldad de que ahora podían ser capaces.

De pronto, cuando más necesitaba de ayuda, su esposa, ¡su cómplice más directo, la que le había inducido al más fantástico y criminal de los proyectos que pudiera albergar una mente humana!, no sólo se burlaba de su fracaso, sino que además le despreciaba y le empujaba al suicidio.

¡Bien!

Estaba atrapado. Lo sabía. Cuando el general le telefoneó desde la base, sospechó de inmediato que habían descubierto la caja en el almacén y que habían seguido el plan de conducirla a un mundo distante. No era preciso, pues sólo era un cuadrado de metal ahuecado, sin nada dentro. Y, cuando el tiempo exigido cumpliera aquel plazo, estaba seguro de que el doctor Larken intervendría quirúrgicamente a los cinco hombres «trasvasando» aquellos inofensivos transmisores a otros tantos simios.

Los únicos transmisores con poder eran los del cerebro, gracias a los cuales el doctor Fremont había legrado ejercer dominio sobre sus mentes desde su propio cerebro, en silencio, haciendo de ellos humanos autómatas mientras estaban despiertos. Pero todo había

fallado… y cuando Sledge y los otros recuperasen su verdadera personalidad, a muchos sorprendería su diabólico plan de dominio… aunque nadie le libraría de ir a la cámara de gas. No sólo contaba todo lo hecho, sino que pesaban sobre su conciencia las muertes de Lon Obernich y del mayor Stephen. Diez vidas que tuviera serían insuficientes para pagar sus delitos.

Resultaba más que evidente que estaba irremisiblemente atrapado. Y resultaba también igualmente cierto que sólo le quedaban dos caminos: la cámara de gas después del bochorno de un juicio sumarísimo… o el suicidio, o sea, la muerte en silencio.

No era difícil elegir. Es decir, ya había elegido el camino. Pero antes, como remate a su fracaso, se daría el satánico gusto de algo que la propia Úrsula le había hecho apetecer en aquellos pocos minutos que llevaban lamentando su derrota.

Se dirigió fuera del cuarto.

—¡Peter!

—Di, querida…

Úrsula parecía un tanto sorprendida y algo asustada. Aquella sonrisa de su esposo parecía ocultar retorcidos pensamientos.

—¿A dónde vas?

—Pronto vas a saberlo…

Se fue sin más palabras. Y ella estrujó el cigarrillo en el cenicero, levantándose y paseando nerviosamente. Quiso imaginar que Peter había tenido alguna idea favorable. A pesar de sus insultos, jamás había dudado que era un hombre inteligente.

—Úrsula, querida…

La mujer se volvió y un extraño miedo se pintó en sus ojos y en su rostro, al descubrir el arma con que su esposo la apuntaba. La misma pistola que ella le aconsejara.

—Peter…, todo esto es una broma, ¿verdad?

—Claro que no. Hemos perdido en el juego y tú misma señalaste el suicidio como una solución. ¡Bien!, pienso abrirme los sesos de un balazo, después de confesar cuanto he hecho en un largo escrito que horrorice a mis semejantes. Me quedará el consuelo de pensar hasta el último segundo que ese escrito servirá para cerrar la tapa de la codicia en otros hombres tan locos como yo, capaces de dejarse convencer por una mujer ambiciosa, ¡por un venenoso reptil de hermosa cara!

—Peter, escucha…

—¡Cállate! El infierno está próximo, pero… para ambos. Y tú vas a ser la primera en llegar hasta él. Así, yo no moriré en la cámara de gas mientras tus falsas lágrimas convencen a mis ejecutores de esa blanca «inocencia» tuya y del «dolor» que «sentirías» con mi muerte. No, querida: tú me señalaste un camino rápido… y yo te señalo el mismo camino.

—No…, no, Peter…, ¡no!…

El grito se ahogó en su garganta. El bello rostro se desfiguró por el dolor y el espanto de la muerte. El provocador y tentador cuerpo se dobló débilmente hasta quedar rígido sobré la peluda alfombra sin producir el menor ruido.

El silenciador del arma había traído la muerte como en un soplo, sin el menor ruido…

Los ojos del homicida brillaron siniestramente, gozándose en aquel asesinato, contemplando a su víctima como si hiciera mil años que hubiera estado deseando hacer aquello.

Y rió unos instantes con risa apagada, de demente.

Luego, cuando hubo satisfecho su odio en la contemplación, abandonó la estancia y descendió a su despacho.

Dejó la pistola sobre la mesa, tomó papel y estilográfica y estuvo escribiendo por espacio de un cuarto de hora. Un escrito en el que detallaba todo lo sucedido, hasta su último crimen: el de su esposa.

Finalmente, con toda la frialdad que es de suponer en un cobarde desesperado, volvió a tomar el ama. La contempló unos segundos, llevó el cañón a una de sus sienes, cerró los ojos… y apretó a fondo el gatillo.

Cabeza y mano cayeron pesadamente sobre la mesa, que empezó a teñirse de sangre…

CAPÍTULO XI

El cuerpo del capitán Sledge se hallaba sobre el quirófano, a punto de ser intervenido. A un par de metros, pronto a ser aproximado, otro quirófano y en él, un simio dormido con cloroformo.

El equipo del doctor Larken, dispuesto. Y fuera del recinto de operaciones, mirando al través de los cristales que cerraban la sala, el general Hampthom y el coronel Building.

Se habían adoptado todas las medidas de seguridad propias al caso, tanto dentro como fuera de Control.

Entonces el general Hampthom consideró llegado el momento de operar: asintió con un movimiento de cabeza a la interrogadora mirada del doctor Larken.

Después de John Sledge, si la operación resultaba satisfactoria, seguirían el teniente Rupert Collings, el práctico Albert Welley, el rastreador Kirk Sampson y él técnico radiotelegrafista Peter Kreigh.

Para aquel entonces, el general Hampthom ya había informado de muchas cosas al coronel Building. Miró su reloj y ordenó:

—Coronel, trate de comunicar con la astronave «Estrella Polar» y preocúpese de informar al capitán Wayne de cuanto se está realizando. Ojalá que hayan conseguido su objetivo.

—¿Piensa visitar al doctor Fremont? —le miró el coronel.

—Sí. Y creo que todo terminará satisfactoriamente.

—¿Cómo llegó a sospechar del doctor, general?

—Existían muchos cabos sueltos y los he ido uniendo mentalmente. Al final, el propio doctor Fremont se delató, al llamarse por teléfono a la base… desde la cabina inmediata a su domicilio.

—Pero, si sabía todo eso, ¿qué objeto tenía el adoptar tantas precauciones? Esa extraña caja era un fraude…

—Tal vez, coronel. Me inclino a pensar como usted. Pero hay muchos y muy extraños misterios más allá de nuestro mundo y me aterraba pensar que algún extraño poder hubiera obrado sobre él. Todavía no estoy completamente seguro de que no sea así. De ahí todas mis precauciones. Debo agradecer la valiente decisión del capitán Wayne y sus hombres. Eso fue lo que me ha llevado a estas últimas decisiones. Pero he preferido esperar todo el tiempo posible para que la «Estrella Polar» viera de alcanzar su objetivo.

—El doctor Fremont no ha vuelto a llamar, después de su amenaza, dándole el plazo de dos horas…

—El plazo concluyó hace rato, coronel, y nada ha sucedido. Todo viene a indicar que el doctor Fremont gobernaba la mente de estos hombres, pero no tenía poder para destruirlos y provocar el desastre de los especímenes. Sigo dudando que existan tales especímenes, sin embargo hemos de tomar todas las medidas precisas para evitar que me equivoque.

—¿Qué espera ahora del doctor Fremont, general?

—La cámara de gas es un destino muy desagradable, coronel. El doctor Fremont se sabe atrapado, descubierto. No ignora que su domicilio está acordonado por una legión de nuestros agentes… Y, si mal no pienso, creo que habrá buscado el único medio de evadir su vergüenza y también el castigo.

—¿El… suicidio?

El general Hampthom asintió muy lentamente.

Luego abandonó el edificio de Control y se dirigió rápidamente en uno de los automóviles del Servicio al domicilio del doctor Clark Fremont…

* * *

No resultaron infundadas las sospechas del general Hampthom, como pudo comprobar cuando entró en el domicilio del doctor Fremont. Al no recibir contestación, ordenó que derribasen la puerta, encontrando el cuerpo del asesino demente cargado sobre su mesa-despacho con un balazo en la cabeza. ¡Se había suicidado!

A un lado del arma, sobre dicha mesa, estaban aquellas cuartillas en las que el doctor había escrito de puño y letra su confesión. El general prestó particular atención a dos de los párrafos, donde el suicida decía:

Fue al poco de abandonar nuestro sistema solar, cuando pude drogar al capitán Sledge y al resto de los hombres, mezclando una pócima con los alimentos. Ya a merced mía, operé a los cinco. Lo que llevan en el corazón no es un transmisor, sino un punto de metal noble que podría despistar cualquier investigación de Control, si llegaban al término de una fotografía. Pero en el cerebro les puse un transmisor de mi propia invención, que anulaba su propia personalidad y les sometía a mi entero mandato y voluntad, sin que ellos supieran nunca quién les daba las órdenes. La extraña caja era la amenaza para supeditar a Control a la voluntad de mis hombres, o sea, a mi propia voluntad. ¡Todo un fraude que pudo dar resultado… de no haber sido por esa droga que los venció y el que el capitán Wayne obrase tan arriesgada y decididamente! ¡Pude haber triunfado, pero todo resultó un lamentable fracaso! Prefiero el suicidio a la cámara de gas… y a la tortura de un bochornoso juicio.

No se sorprendan de hallar el cadáver de mi esposa, ni tampoco lo lamenten. ¡Era astuta, ambiciosa, pecaminosa… y mil cosas más! Ella fue quien me indujo a realizar tan locos y criminales propósitos. Al final, intentó burlarse de mí y su falsedad y desprecio me movieron a matarla. Ya está en los infiernos esperándome… cuando aún no he terminado de escribir esta confesión. Hubiera podido ser un hombre íntegro y feliz… de no haber albergado en mi casa semejante reptil. ¡Que Dios me perdone!

A continuación había la firma del doctor. Y allí concluía todo.

El general Hampthom ordenó a dos de los agentes que le acompañasen, descubriendo en la parte alta del edificio, en la alcoba, el cadáver de Úrsula Fremont.

Había una mirada velada en los ojos de la muerta: una mirada extraña que parecía querer reflejar el odio y la maldad que la habían guiado en este mundo, conduciéndola a un fin horrible aunque merecido.

Finalmente, el general dio las órdenes precisas a uno de los oficiales para que sólo una pareja de hombres guardara el edificio y el resto se trasladasen con él a Control.

* * *

Se había realizado la primera operación de cuidadoso «trasvase», cuando el rostro del general Hampthom asomó a los cristales de las sala, haciéndole una indicación a uno de los médicos auxiliares para que saliera un momento.

La orden que el general le dio simplificó el trabajo extraordinariamente:

—Dígale al doctor Larken que no sacrifique a ninguno de esos pobres animales: basta con que extraiga de los cuerpos de nuestros pacientes los objetos que los afectan.

—¿Ha sido conjurado el peligro, general?

—En realidad, doctor, ese horrible peligro que temíamos jamás ha existido. Comuníqueselo así al doctor Larken. Espero que su trabajo se haga mucho más cómodo y seguro.

—Así se lo comunicaré, señor.

Luego, el general acudió al coronel Building, en una de las salas de control, esperando poder recibir noticias de la «Estrella Polar». El coronel miró a su superior interrogador:

—¿Cómo ha ido todo, mi general?

—Hallamos los cadáveres del doctor Fremont y de su esposa… y una larga confesión de sus crímenes.

—¿Él asesinó a su esposa?

—Así es.

—No lo entiendo…

—Luego le daré a leer la confesión firmada por el doctor Fremont, antes de que se suicidara. Podrá comprobar que era mucho menos culpable que su esposa. La ambición y perversidad de algunas mujeres, coronel, son capaces de arruinar cualquier vida… como sucedió con el doctor Fremont. Esto me hace sentirme

satisfecho de no ser un hombre con ataduras matrimoniales.

—¿Qué hay de esa extraña caja?

—¡Un fraude! Pero jamás lamentaremos el haber tomado todas las precauciones. Esa misma amenaza puede presentarse algún día de forma parecida… y sería de lamentar que nuestro escepticismo provocase la destrucción de nuestro mundo.

—Entiendo…

—¿No han podido comunicar con la «Estrella Polar»?

—Aún no, señor.

—Bien. Guando lo consiga, coronel, ordéneles regresar.

—¿Puedo informarles de lo sucedido, si lo solicitan?

—Sí, hágalo. Así podrá tranquilizarles.

—Una última pregunta, señor, si me lo permite. Es… pura curiosidad.

— Usted dirá.

—¿Cuál fue el primer cabo suelto que usted ató contra el doctor Fremont?

—Ordené que uno de nuestros agentes se informara sobre el propietario del viejo almacén que habían hecho cuartel general.

—¿Y?

—Existía toda una cadena de intermediarios… que concluía en un señalado eslabón: Úrsula Fremont.

—La esposa del doctor.

—Exactamente. A pesar del cuidado y la astucia que pusieron en su trabajo, la red estaba rota en varios sitios.

—Comprendo. ¿Cuál hubiera sido el castigo para ella?

—En nada distinto al del doctor Fremont. Murió sin sospechar que jamás hubiera podido huir a la cámara de gas. Tendrá que agradecerle ese favor a su esposo… en el otro mundo.

El general se fue de la sala y también de Control. Llevaba muchas horas sin pegar un solo ojo… y pensaba dormir a pierna suelta todo el tiempo que el sueño quisiera tenerlo atrapado…

Lo que quedaba por hacer no era cosa que corriera demasiada prisa, ya que en el Pentágono ignoraban el trágico clímax vivido durante aquellos dos largos días.

Se sorprenderían muchísimo… cuando él cursase un informe completo explicando los hechos. Y tendrían que aceptarlo, por fantástico que les pareciera, ya que el escrito-confesión del doctor

Fremont, tanto como su suicidio y el asesinato de su esposa, avalarían dicho informe. Eso sin contar las muertes del señor Obernich y del mayor Stephen, junto con los correspondientes informes del capitán Sledge y el capitán Wayne.

¡Ojalá todo aquello hubiera sido sólo una horrible pesadilla!

CAPÍTULO XII

No había sido fácil para el capitán Wayne y sus hombres rastrear un mundo desconocido en aquella galaxia en un tiempo límite que ni siquiera correspondía a la velocidad cósmica de la astronave «Estrella Polar».

Cuando lo lograron —no habían querido comunicarse con la Tierra para evitarles toda preocupación y no transmitirles su propio temor—, habían transcurrido varias horas. Abrieron una de las escotillas de lastre y la misteriosa y horrible caja cayó directamente sobre una superficie desértica y sin vida.

Los cinco hombres lanzaron un grito unánime, de triunfo, como si con la maldita caja hubiesen arrojado también todo su miedo, experimentando una grata sensación de alivio y seguridad.

—¡Lo hemos conseguido! —murmuró Oscar Wayne, viendo cómo Louis Kurth enderezaba el curso de la nave y enfilaba a toda prisa hacia el abierto espacio plagado de estrellas.

—¿Y ahora, capitán?

—Ahora… ¡a casa, amigos!

Tenían que orientarse y buscar uno de los canales de acceso al sistema solar.

Un trabajo lento y tedioso, quizá de horas o de días; pero nada imposible, dadas la técnica de la astronave.

Fue al cabo de varias horas, cuando consiguieron alcanzar uno de dichos canales, que lograron comunicar por radio con el Servicio de Control, informándoles de su éxito… y escucharon la voz del coronel Building:

—Regresen de inmediato a la base.

—Eso nos proponíamos, señor. ¿Cómo van las cosas por ahí?

—Hemos dado con la cara de la moneda… y lamento desilusionarles, pero la maldita caja que ustedes transportaron estaban tan hueca como una calabaza seca.

—¡Qué!

—No había especímenes de tal índole, capitán Wayne.

—¡Vaya, qué les parece! —se volvió Oscar hacia sus hombres—. ¿Y se puede saber a quién debemos el favor de esta maldita broma, señor?

—Al doctor Fremont.

—¡El doctor Fremont, esa grulla con ojos de lagarto! Aunque me cueste abandonar el Cuerpo, mi coronel, ¡pienso despanzurrar a ese sapo con pies y manos!

—No hará falta, capitán.

—¿Cómo que no hará falta?

—No. El propio Fremont se abrió camino al otro barrio de un balazo en la cabeza.

—¡El muy cobarde!

Se cortó la comunicación… y tanto el capitán Wayne como sus hombres permanecieron un rato silenciosos, como si hubieran sido timados en su mejor y más arriesgado servicio.

Hasta que el buen humor de Ben Cowell vino a sacudirles de su interior enfado:

—Bueno, ¿y qué importa? El miedo que hemos pasado y la emoción que sentimos al desprendernos de esa maldita caja no va a quitárnoslos nadie. Creo que podemos brindar por esta pesadilla con… uno de nuestros sintéticos, ¿hace?

Todos rieron. Y empezaron a desear su regreso a la Tierra, para brindar con mejor cosa por su demostrada lealtad, entrega y camaradería.

Después de todo, ellos habían cumplido con el mejor y más sagrado de los principios humanos: su espíritu de sacrificio.

Así lo reconocerían luego sus superiores, premiándoles con algo más que unas simples palmaditas en la espalda…

* * *

Para Sara, el conocer todo lo sucedido supuso una infinita

alegría y la esperanza de que recuperaría por entero a su esposo. Olvidaría aquellos horribles momentos en los que había leído en los ojos de John un deseo homicida contra su persona, ratificado por sus horribles y entonces groseras palabras.

Jamás le hablaría de ello. No quería que él sintiera remordimiento durante toda su vida por algo que no obedecía a sus propios pensamientos y deseos, sino a la voluntad de un asesino demente.

Ella y Anna fueron a recibir a Oscar en la base espacial, después de que el coronel Building las hubo informado del éxito de las operaciones del doctor Larken.

Horas más tarde, dando cabezadas contra el sueño todos ellos, pretendían celebrar con champaña el final de la pesadilla.

Fue al día siguiente, cuando el capitán Sledge abrió los ojos por primera vez, desde que fuera drogado por una de las pistolas de los agentes de Control en el despacho del general Hampthom.

En realidad, tampoco eso se ajustaba a lo verdaderamente cierto: los ojos del capitán habían estado cerrados desde una droga anterior, aquella que el maldito doctor Fremont le administrara en la nave «Estrella Polar» junto con los demás hombres de la tripulación, convirtiéndolos luego en autómatas humanos a merced de su voluntad.

Lo reflejó claramente en su despertar. Salía de una especie de abismo en el que el último recuerdo estaba unido a unas palabras: aquellas que transmitiera por radio prendido en su mente, pues su cerebro había obrado de forma independiente, controlado y obligado por una voluntad que no era la suya.

El subsconsciente no guardaba vestigio alguno de aquella segunda personalidad brutal y asesina creada por el doctor Fremont. De ahí que su sorpresa, al no encontrarse en el interior de la nave, fuera total.

—¿Qué es esto? ¿Dónde estoy…?

Sus ojos se fijaron en el rostro de su esposa, que le miraba tras sus lágrimas.

—¡Sara!…

—Serénate, querido. El mal ya ha pasado.

—¿De qué mal estás hablando?

—Luego lo sabrás. Tranquilízate ahora.

—Estábamos allá arriba…, camino de otros mundos… y todo empezó a dar vueltas. ¡No recuerdo nada más!

—Lo sé.

—Pero… yo ignoro qué pasó. ¿Y mis compañeros?

—Todos en perfecto estado.

—La nave no pareció chocar contra nada…

—No hubo ninguna colisión, John. Regresasteis a la Tierra todos sanos y salvos…, aunque con pensamientos distintos.

—Sigo sin entenderlo.

—Lo entenderás, cuando te repongas… y el general Hampthom te lo explique. Ahora, por favor, trata de dormir.

—¿Tampoco vas a decirme por qué estoy atado a esta cama… y en este lugar?

—Te han operado, querido.

—¿De qué?

—De dos demonios que llevabas contigo: uno en la cabeza… y otro en el corazón.

—¡Por todos los diablos! ¿Te estás burlando?

Ella se acercó sonriente y lo besó en los labios. Luego, con lentitud y amor, dijo:

—Alguien trató de robarte las ideas y los sentimientos, John. Pero Control y tu mejor amigo Oscar velaron por arrancarte de esos malditos demonios. Te asombrarás mucho cuando te lo expliquen… Tal vez te parezca increíble; pero fue así… y no volverá a suceder. Ahora necesitas dormir…

Volvió a besarlo en los labios.

Y John cerró los ojos, dejando que aquel sueño que bailaba sobre sus ojos desde que los había abierto le sumiera más allá de las verdades que habría de escuchar horas más tarde…

F I N

BOLSILIBROS TORAY

OESTE



ARIZONA
Publicación quincenal. 9 ptas.



HURACÁN
Publicación quincenal. 9 ptas.



RUTAS DEL OESTE
Publicación quincenal. 9 ptas.



SIOUX
Publicación quincenal. 9 ptas.



SEIS TIROS
Publicación quincenal. 9 ptas.



ESPUELA
Publicación quincenal. 9 ptas.



BEST-SELLERS DEL OESTE Los mejores "westerns" americanos.
Precio: 20 ptas. Publicación quincenal.

GUERRA

HAZAÑAS BÉLICAS Publicación quincenal. 9 ptas.



ANTICIPACIÓN



CIENCIA FICCIÓN
Publicación quincenal. 9 ptas.



ESPACIO
Publicación quincenal. 9 ptas.

ESPIONAJE



Aventuras de dos extraordinarios espías.
9 ptas. Publicación quincenal.



Una selección de autores franceses.
Precio: 30 ptas. Publicación mensual.

POLICÍACO

HURÓN Los maestros europeos de hoy en narraciones de intriga, crímenes, suspense... Precio: 50 ptas. Publicación quincenal.

